



BIBLIOTECA

565

DRAMÁTICA.

COLECCION DE COMEDIAS

REPRESENTADAS CON ÉXITO

EN LOS TEATROS

DE MADRID.





BIBLIOTECA DRAMATICA.

DOS MUERTOS Y NINGUN DIFUNTO.

Comedia en dos actos, escrita en francés por MM. Melesville y Dumanoir, acomodada á nuestro teatro por D. Gaspar F. Coll, representada por primera vez en el de la Cruz el día 24 de diciembre de 1843.

(SEGUNDA EDICION.)

PERSONAS ACTORES.

- EL CORONEL VILLANUEVA. D. P. Lopez.
 - DOÑA DAMIANA, su hermana. Doña C. Sampelayo.
 - CLOTILDE, hija de esta. Doña J. Perez.
 - SANABRIA, capitán. D. A. Alverá.
 - RAMIREZ, juez interino de primera instancia. D. F. Lumbreras.
 - D. FRANCISCO PI, novio de Clotilde. D. J. Lombia.
 - DIÁZ, inválido y jardinero. D. J. Torroba.
- Visitas y criados de la casa.

La escena pasa en una ciudad fortificada de España, fronteriza á Francia, en casa de doña Damiana, año de 1838.

ACTO PRIMERO.

Jardín ó huerta. A la izquierda, en primer término, emparrado, mesa y sillas; en segundo, paso á la casa. A la derecha verja y cuarto del jardinero. En el fondo bosquecillo; y en último término tapias y horizonte.

ESCENA PRIMERA.

RAMIREZ, DOÑA DAMIANA y CLOTILDE.

Las dos mujeres aparecen haciendo cualquier labor debajo del emparrado, y Ramirez de pie junto á su tia.

DAM. (trabajando.) Calla, calla, Pepe; si no sabes lo que te dices.

RAM. Por Dios, tia, eso raya en tenacidad! No, pues si usted cree que debe ser inflexible porque es tia, yo tambien debo tener carácter, porque soy magistrado. Hace dos meses, solo

era abogado; hoy, aunque interino, soy juez de primera instancia de este partido, y me parece que...

DAM. Vaya un magistrado... Bueno andará el juzgado con esa cabecita que Dios te ha dado tan destornillada y tan...

RAM. No han tomado ustedes mala mania conmigo... Si me dá la gana de representar en algun teatro casero, dicen que rebajo mi dignidad; si paso la noche en un baile, al dia siguiente salen con que administro justicia dormido; de modo que nunca estan contentos. Yo creia que se podia ser juez y divertirse; pero veo que me he equivocado de medio á medio... (entre dientes.) Por lo tanto he tomado mi determinacion, y espero que dentro de poco... (levantando la voz.) Pero esto no obsta para que diga y repita que mi prima no se muestra muy dispuesta á casarse.

DAM. (á Ramirez.) Y en qué te fundas? Acaso porque la ves un tanto pensativa de algun tiempo á esta parte?... Eso no prueba nada en contra del futuro.

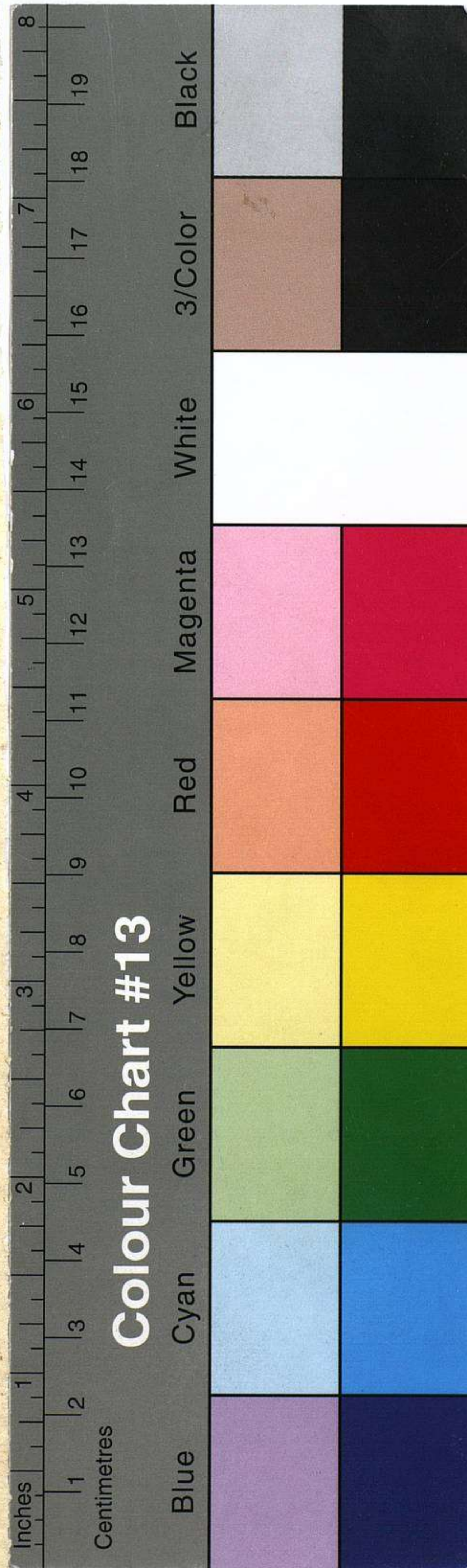
RAM. Niego la consecuencia!... Don Francisco Pi, es un personaje en eminente grado ridiculo.

DAM. Le adornan muy buenas cualidades, á pesar de que tiene sus defectillos, como todo el mundo.

RAM. Eso si que no; lo que él tiene, son grandes defectos y muy pocos atractivos; es un señorito de provincia en toda la estension de la frase.

DAM. Le vas á echar ahora en cara su pais?

RAM. No por cierto; ya sé que en todas partes hay personas de mérito; yo soy catalan y muy amante de Barcelona, que produce esclentes



Colour Chart #13

cosas, empezando por sus manufacturas, y concluyendo por sus hijas; pero que tambien tiene la desgracia de producir futuros del calibre de Pi, una especie de elegante contra la voluntad de Dios, que cree que cuando un hombre gasta frac negro y chaleco blanco, tiene ya todo lo que necesita. Aparte de que, segun me han informado, tiene un carácter arrebatado y violento; es una especie de Fierabrás, y que como él dice, se bate por un quitame allá esas pajas.

DAM. (sonriendo) Si será... pero tiene una tia muy rica, de quien es único heredero, y ademas es uno de los socios fundadores de la poderosa sociedad de seguros sobre la vida.

CLO. (suspirando y mirando á Ramirez,) Ah!

RAM. (aparte, mirando á Clotilde.) Es particular... Esta es la segunda vez que me mira á hurtadillas... Qué significa esto?

DAM. Y en fin, sobrino, te aconsejo que no pierdas el tiempo inútilmente... Mi hermano el coronel Villanueva, es el que ha arreglado este casamiento, y aunque está en Barcelona, á veinte leguas de nosotros, creo que él sabe tambien como tú, lo que le conviene á mi hija.

RAM. Está usted en un error... mi tio es un excelente militar, que conoce perfectamente lo que conviene á sus dragones; pero al corazon de una jóven no se le manda como á un regimiento; bien puede usted decir: «de frente, marchen!» (mirando á Clotilde) que si ella ama á otro...

CLO. (Ha adivinado lo que por mi pasa.)

DAM. (con sequedad y levantándose.) Basta ya... semejante conversacion... (Clotilde se levanta.)

RAM. Disimule usted, no intento ofenderla... pero mi observacion es fundada; Clotilde no parece estar muy contenta con ese casamiento.

DAM. Ya es hora de comer y mi yerno no vuelve. (mirando por la verja.) Ah! me parece ver en el camino... (llamando al jardinero.) Diaz! Diaz!

ESCENA II.

Dichos, DIAZ, saliendo de su cuarto.

DIAZ. Señora?

DAM. Abre esa verja... Creo que es el señor de Pi... asi no tendrá que rodear... (mientras que Diaz abre la verja y doña Damiana mira hacia el camino, Ramirez se acerca furtivamente á Clotilde.)

RAM. (bajo.) Veo que nos entendemos, prima.

CLO. (bajo y conmovida.) Ah! primo, tú solo puedes salvarme.

RAM. (bajo.) Tienes algun secreto?

CLO. (idem) Ah! sí.

RAM. (idem) Confíamelo.

CLO. (idem) Imposible... (saca una carta.) Oh! si me atreviera á darte esta carta...

RAM. Trae.

CLO. Toma. (se la dá y va á reunirse con su madre.)

RAM. (aparte, guardándose la carta.) Me amaba y yo no lo sabia... Nada tiene de extraño que se haya prendado de mi... la costumbre de verme á todas horas...

DAM. (desde la verja.) Si... él es... Pi... Pi...

RAM. Parece que está llamando á algun pollo.

PI. (en la verja.) Ah! ah! perdonen ustedes, señoras. (Diaz cierra la verja y entra en su cuarto.)

ESCENA III.

Dichos, PI.

PI. (con amabilidad.) No habia visto á ustedes, hermosas castellanas... Estaban ustedes acechando la llegada del jóven paladin? Pues aqui le tienen ustedes, que ha venido en las alas del amor. (á doña Damiana.) Querida mamá, renuevo á usted mis respetos!... Amable Clotilde! (á Ramirez.) Amiguito!

RAM. (con frialdad.) Eh?

PI. (sonriéndose.) He dicho, amiguito! no creo haber faltado á usted... (á las señoras.) He tardado un poco... nadie como yo lo siente... hay una legua mortal de esta quinta á la ciudad... bien lo ha conocido mi corazon y mi apetito... (á Clotilde.) Permitame usted ante todo devorar esa hermosa mano.

CLO. (aparte, retirando la mano.) Que insufrible es!

PI. No debe usted estar incomodada conmigo; en todo el tiempo que he permanecido fuera, no he pensado mas que en los negocios de usted.

DAM. Ha señalado usted para mañana el convite?

PI. Si señora, y tendrá usted en su casa á todos los oficiales de la guarnicion. Fui tambien á la diligencia á recoger algunos efectos que esperaba, entre otros una tia que pesa diez arrobas, y que debe asistir á mi boda... y los regalos para Clotilde, que me tenian con cuidado. Afortunadamente ya estoy tranquilo.

DAM. Ha llegado su tia de usted?

PI. No han llegado mas que los regalos de boda... pero intactos, sin la menor averia... ya verán ustedes que cosas de tanto gusto... sobre todo un chal de cachemir que la aduana habia detenido, y que he pagado doble por respeto á las leyes... Es magnifico.

CLO. (con despego) Ha hecho usted mal.

DAM. Habrá usted hecho alguna locura.

PI. (con pretension.) Oh! la novia todo se lo merece.

RAM. (con ironia.) Y su tia de usted?

PI. (pasando al lado de Ramirez.) Oh! á mi tia no la detendrán en la aduana; es una excelente señora, mejorando lo presente: vale tanto como pesa... ella es la que se ha empeñado en que me casara, llevada de su aficion á la sociedad, y por contener la fogosidad de mi carácter! (confidencialmente á Ramirez.) En este invierno he tenido catorce lances... pasaba mi vida de broma en broma y de desafio en desafio... El dia menos pensado iba á dar una campanada en grande... no me quedaba mas recurso que salir de Barcelona... Yo bien conozco... pero qué quiere usted? Una palabra equívoca, una mirada atrevida... (indicando que se acalora.) Brrr... (alto.) Mi tia tiene algun temor... y si yo no me casara hoy, seria ella capaz de casarse mañana, á fin de que no se acabara el illustre linage de los Pi.

DAM. Apostaria á que se le ha olvidado á usted de ir á ver al escribano.

CLO. (Ojalá!)

PI. No por cierto... habria estado bueno el olvido... pero no lo encontré en la escribania, no habia mas que el escribiente que estaba estendiendo el contrato. Parece que el tal escribano es un

jóven recién llegado de Madrid, que acaba de comprar el oficio, y había salido á hacer unas visitas.

DAM. En efecto, el otro día estuvo á verme y no pude recibirle. Ese es el tercer escribano que hemos tenido en un año.

PI. Si, esos señores venden con la facilidad del mundo sus clientes. Sería cosa de hacerse asegurar contra semejante comercio.

RAM. Ahí está, su compañía de seguros.

PI. Mi compañía de la Union?... Oh! poco á poco!... nosotros no aseguramos mas que la vida humana.

RAM. Aseguran ustedes los hombres?

PI. Los hombres, las mugeres, los niños y las niñas... por su puesto. Yo por mi aseguraria todo el universo... Al principio había empleado mi dinero en minas, basta que me cansé de sacar metal de mi bolsillo, y decidí tomar otro rumbo... volví la vista á los seguros... esto si que es admirable! Figúrese usted... Usted dá un capital de... la cantidad no hace al caso; su edad de usted poco mas ó menos... la edad tampoco hace falta; bueno, está usted asegurado... está usted tranquilo... duerme usted á pierna suelta. Usted dice: *(cruzando los brazos.)* yo estoy asegurado... vengan naufragios, vengan enfermedades, vengan médicos, vengan cuantas calamidades puedan afligir á la especie humana... todo me importa tres bledos!... se muere usted... bueno! Va usted al día siguiente á la caja de la sociedad, y dice: «Caballero...» es decir, usted á otro... y el cagero contesta.. «Al instante...» y le paga á usted capital é intereses; se guarda usted su dinero, y se vuelve usted á sus negocios muy tranquilo.

RAM. (Soberbio! no he visto hombre mas necio.) *(pasa á la derecha de Clotilde.)*

PI. Yo me he hecho asegurar por dar ejemplo, y vea usted que bueno me mantengo...

DIAZ. Señora, la sopa está en la mesa.

PI. Primera base de los seguros contra la vida. *(á Clotilde.)* La comida y el amor son el alimento del alma... *(á Diaz.)* Espera, veterano; usted me permitirá que le dé algunas órdenes?

DAM. Pues no lo he de permitir?... No está usted en su casa?

ESCENA IV.

Dichos, DIAZ.

PI. *(á Diaz.)* Mira, además de mi tia, espero á algunos otros parientes, y me vas á hacer el obsequio de quedarte aquí de centinela é indicarles ..

DIAZ. De centinela? Vaya usted descuidado... es mi antiguo oficio... me acuerdo de que un día ..

PI. Bien, bien, en otra ocasion me lo contarás, después de comer. *(sonriéndose.)* Si le doy el pié, nos va á referir toda la guerra de la independencia... *(ofreciendo el brazo á doña Damiana.)* Querida mamá...

DAM. No usted á mi hija..... Pepe, dame el brazo.

RAM. *(que iba á hablar á Clotilde.)* No hay medio de hablarla. *(bajo á Clotilde y con rapidez.)* Animo, Clotilde, confía en mí.

DAM. Vamos. *(Pi dá el brazo á Clotilde, doña Da-*

miana toma el de Ramirez. Se van por el foro izquierda del actor.)

ESCENA V.

DIAZ solo.

Toda la guerra de la independencia!... y parece que todavía se va riendo... Hum!... hum... ese mozo no me gusta... y tampoco me parece que es santo de la devocion de la señorita Clotilde... lo que contribuye á que yo le mire con mas antipatia!... Vaya con el hombre! y me planta de centinela como si fuera un cabo de escuadra! Estoy por comerme la consigna, y largarme á echar un trago!... *(se detiene y mira por la verja.)* Calla!... un jóven á caballo... será pariente del otro... Oh! no... se apea con mucha gallardia.

SAN. *(en el bastidor.)* Esta es la casa de doña Damiana?

DIAZ. *(metiendo la llave en la cerradura de la verja.)* Si, señor. Pero no deje usted el caballo solo; entréguesele usted á Tomás, que es el general en jefe de los burros del país... Tomás, lleva ese caballo á la cuadra. *(á Sanabria.)* Pase usted. *(mirando fuera.)* Soberbio animal!

ESCENA VI.

SANABRIA, DIAZ.

SAN. *(ap. se dirige á la izquierda del teatro.)* Al fin logré penetrar aquí.

DIAZ. Las señoras están comiendo, y... *(mira con mas atencion á Sanabria.)* Oh! por vida de sanes... mi capitán, no me conoce usted ya?... No se acuerda usted de Juan Diaz?... Hemos hecho juntos la campaña de Navarra.

SAN. Con que eres tú, buena alhaja? Y qué haces aquí?

DIAZ. Cuido del jardín y de la huerta... soy una especie de conserje... se lo debo á nuestro buen coronel el señor Villanueva.

SAN. Me alegro mucho. *(ap.)* Podrá serme útil.

DIAZ. No me alegro yo menos de ver á usted! Vamos, venga usted y le acompañaré...

SAN. No me has dicho que están comiendo?

DIAZ. Y eso, qué importa? No caerá usted por sopa.

SAN. No, pero quisiera ponerme antes de acuerdo... Está aquí don José Ramirez?

DIAZ. El sobrino de la señora, que se burla de todo el mundo?... Pues podria no estar.

SAN. Quisiera entenderme con él.

DIAZ. Para alguna sorpresa?

SAN. Si, y desearia que le avisaras, así con cierta maña, sin que nadie lo notase, de que un amigo le está esperando.

DIAZ. Aguárdese usted, al momento estoy de vuelta con el señor Ramirez.

ESCENA VII.

SANABRIA, solo.

Qué sorpresa será esa que ha indicado? Alguna diversion entre la familia... Tengo un miedo! Bien mirado, es una estravagancia lo que yo he hecho... Correr en pos de una mujer que tal vez no se acuerda de mi nombre, y que cuando

llego lleno de esperanza, y medio muerto de fatiga, puede ser muy bien que me diga saludándome con frialdad: «En efecto, recuerdo haber visto á usted en otra ocasion.» Hay para levantarse la tapa de los sesos! Pero era imposible que yo continuara en ese estado de fiebre y de incertidumbre. Afortunadamente uno de mis amigos, oficial de estado mayor, tenia que venir aqui con pliegos para el gobernador de la plaza. Estaba desesperado con el tal viaje, que le obligaba á separarse del objeto de su amor. Le propuse encargarme de los pliegos, aceptó; escribi á mi coronel que estaba enfermo, y me puse en camino. (*con impaciencia, y mirando al lado por donde se fue Diaz.*) Pero ese Ramirez, que no viene! qué estará haciendo? Ah! me parece que oigo .. (*escuchando.*) Si.

ESCENA VIII.

SANABRIA, RAMIREZ, DIAZ.

RAM. (*un poco incomodado.*) Dices que preguntan por mi? Algun robo, alguna pendencia... vaya un fastidio! (*ap.*) Todavía no he podido leer la carta de mi querida Clotilde.

DIAZ. (*señalando á Sanabria.*) El señor es quien...

RAM. Sanabria por aquí!

SAN. El mismo, querido Ramirez.

RAM. (*abrazándole.*) Qué sorpresa tan agradable!

Mi mejor amigo, mi antiguo compañero de colegio. Déjanos, Diaz. (*entrase Diaz en su cuarto.*) Cuánto tiempo hacia que no nos veíamos? Y qué te haces? Has sentado la cabeza!

SAN. Soy capitán de caballería, y estoy enamorado como un loco.

RAM. Bonita conversion.

SAN. (*riendo.*) Y tú sigues siendo el terror de los maridos?

RAM. Yo soy juez.

SAN. (*riendo.*) Tú juez?

RAM. Si; te parece imposible?... Cosas del dia... he enviado mi dimision al gobierno, y de un momento á otro espero... no es para mi jénio estar oyendo continuamente abogados, procuradores, acusados y... pero vamos á ver, qué te trae por aquí?

SAN. Tú, amigo mio, tú solo.

RAM. Yo! Entendámonos... porque yo estoy enamorado... hace dos horas... al menos así lo creo.

SAN. No te asustes, no vengo á proponerte ninguna calaverada; vengo á implorar tu zelo y tu elocuencia.

RAM. Eso poco es; por lo visto conozco á la señora de tus pensamientos?

SAN. Mucho.

RAM. Habita en esta ciudad?

SAN. Vive en esta casa.

RAM. Ba!

SAN. En una palabra, es tu prima, la encantadora Clotilde.

RAM. (*sorprendido.*) Mi prima? Y en dónde diablos la has visto?

SAN. En Madrid, el año pasado, cuando su tia, la señora de mi coronel, la tuvo dos meses en su compañía, para que se consolara de la pérdida de su padre.

RAM. Ah! Si, mi tia se quedó aquí para arreglar los asuntos de la herencia.

SAN. Y yo, que corro muy bien con mi coronel, cuando no me manda á la prevencion, lo que suele suceder cada ocho dias; estaba encargado de acompañar á las señoras á los paseos y diversiones. Figúrate tú ahora si podria ver impunemente á la criatura mas linda é interesante que he conocido, cuando sabes que soy hombre que me enamoro...

RAM. Con tanta facilidad como vas, á la prevencion.

SAN. Oh! Esta vez fue con formalidad; que diferencia! Apenas me atrevia á hablarla. Sin embargo, una noche quise declararme y fui á su casa con el discurso estudiado, y me encontré con que se habia marchado por la mañana. La llamó su madre.

RAM. Pobre muchacho!

SAN. Me puse furioso, corré á casa del coronel, que en aquel momento estaba atacado de la gota, y juraba como un carretero. Mi coronel, le dije, estoy enamorado de su encantadora sobrina.—Y á mi que me importa.—Le pido á usted su mano.—Vete con mil diablos.—Es que si usted me la niega, me muero antes de ocho dias.—Pues ya puedes ir haciendo testamento; no faltaba mas sino que diera mi sobrina al oficial mas tarambana del ejército, á un calavera.—Ya me he enmendado; ademas que los calaveras son los mejores maridos. Vamos á ver, no es feliz su señora de usted?...—Ta, ta, ta, ya te he dicho que no daré mi consentimiento.—En ese caso no llevará usted á mal que yo prescindiera de su consentimiento para casarme.—Tú!—Yo!—A que no?—Usted verá. Siguió una apuesta; él se enfureció, yo me arrebate, me envié á la prevencion, tomé la posta, y aqui me tienes.

RAM. (*con frialdad.*) Sin saber si Clotilde te ama?

SAN. Oh! Casi estoy seguro de que si.

RAM. (*con frialdad.*) Y yo, amigo mio, estoy seguro de que habrás hecho el viaje en valde.

SAN. Cómo?

RAM. No te hablo de otros obstáculos, pero existe uno insuperable.

SAN. Y cuál es?

RAM. Que Clotilde ama á otro.

SAN. Te lo ha dicho ella?

RAM. Tanto como eso no; pero nosotros los magistrados tenemos tal costumbre de leer en el corazon humano...

SAN. (*agitado.*) Y á ese rival le conoces tú?

RAM. (*arreglándose la corbata.*) Bastante á fondo... soy yo!

SAN. Tú!.. Bã!.. Sigues con la manía de creer que todas las mujeres te quieren?

RAM. Amigo mio, tengo pruebas.

SAN. No puede ser.

RAM. Que no puede ser? Vas á verlo; me haces cometer una imprudencia; pero eres mi amigo y quiero curarte. Mira, (*sacando una carta del bolsillo.*) aqui hay una carta.

SAN. De Clotilde?

RAM. De Clotilde. Todavía no la he abierto por que mi tia no se ha separado un momento de nosotros. (*con afectacion.*) Léela tu mismo, y mira si me he equivocado... Todo puede ser.

SAN. (*la abre temblando.*) Cielo santo!.. y sus miradas, su ajitacion que yo interpretaba en mi favor... (*leyendo con voz conmovida.*) «Querido

primo...» (para sí.) Querido primo... (leyendo.) «Conozco que es algo atrevido el paso que doy; pero el peligro que me amenaza, la amistad que nos une desde la infancia, y la circunstancia de ser tú el único que manifiesta compadecerme, me animan á hacerte á ti solo una declaración que nunca me atrevería á aventurar de viva voz.» (abrumado.) Ah!

RAM. Pobrecilla!

SAN. (lee vacilando.) «Es cierto que amo...»

RAM. (repitiendo con complacencia.) Es cierto que amo...»

SAN. (continuando.) «A un capitán...»

RAM. (sorprendido.) Eh?

SAN. (lee con alegría.) «A un capitán que conoci en Madrid, en casa de mi tío.» (con agitación y leyendo para sí.) Soy yo.

RAM. No puede ser.

SAN. Todas las circunstancias que recuerda... (leyendo.) «Llegué á creer que era correspondida; pero supuesto que me he equivocado, procura obtener de mi madre que no me obligue nunca á casarme.» (besando la carta.) Qué felicidad, amigo mio! Soy amado!.. Oh! estoy seguro de triunfar. (lo abraza.)

RAM. Si, pero eso no es un motivo para que me ahogues. (mirando la carta.) Pero cómo me he podido yo equivocar esta mañana?

SAN. Nosotros los magistrados tenemos tal costumbre de leer en el corazón humano...

RAM. Eso es; burlate ahora de mi; es lo que me falta para coronar la fiesta... (riendo á carcajadas.) Sabes que tiene gracia?.. Y bien mirado, me alegro... así como así mi casamiento iba á causar muchas lágrimas; y para probar-te que no estoy resentido, me ofrezco á servirte en todo y por todo: pero desgraciadamente me parece que nada vas á conseguir.

SAN. Cómo?

RAM. Clotilde se casa mañana.

SAN. Mañana!

RAM. El tío Villanueva es el que ha arreglado esa boda; estaba seguro de ganar la apuesta.

SAN. Pues no la ganará. Ahora que soy amado, no hay poder en el mundo capaz de detenerme. Me opondré á ese casamiento, le desharé, no se efectuará.

RAM. Yo te ayudaré, porque detesto al novio como si fuera mi rival, y mi mayor placer será incomodarlo, aburrirlo, burlarme de él... Busquemos algún medio.

SAN. Esto es, no se te ocurre ninguno?

RAM. Hombre! Déjame que lo piense: lo que se necesita es una cosa así... de pronto.

SAN. (vivamente.) Ya sé... un rapto... robo á tu prima.

RAM. Y yo como juez, tendré que perseguirte y condenarte.

SAN. Es verdad! Dime; qué clase de hombre es ese rival?

RAM. Un necio.

SAN. Es viejo?

RAM. No: es una de esas caras que no marcan edad... que están entre los treinta y los cincuenta.

SAN. Y es valiente?

RAM. Al menos hace alarde de serlo.

SAN. Me alegro; le provocaré, y le mataré.

RAM. Eso es, y tendrás que echar á correr, y no podrás casarte con mi prima.

SAN. Cómo echar á correr?

RAM. Lo que oyes. El gobernador acaba de publicar un bando, imponiendo las penas mas severas para impedir los desafíos, muy particularmente entre militares y paisanos. Y el gobernador no es hombre que se chancea... le conoces?

SAN. Fui á verle en cuanto llegué, para entregarle los pliegos de que era portador, y me ha convidado á comer mañana.

RAM. Ya ves, si tienes la desgracia de matar á tu adversario, no te queda mas recurso que emigrar, á no ser que prefieras sufrir un consejo de guerra.

SAN. (fuera de sí.) Y qué hacemos? Si al menos pudiese ver á tu prima, su presencia tal vez me inspiraría.

RAM. (mirando á un lado.) Si no es mas que eso, inspírate, inspírate, amigo mio... aquí viene.

SAN. (fuera de sí de alegría.) Clotilde!

RAM. (deteniéndole y poniéndose delante de él.) No vayas á asustarla.

ESCENA IX.

Dichos, CLOTILDE.

CLO. (Clotilde no cesa de mirar atrás, como temiendo que la sigan. Empieza á oscurecer. A media voz.) Estas aquí, primo?... He podido escapar un momento, pero con mucho trabajo, porque Pi no me deja á sol ni á sombra.

SAN. (bajo.) Pi?

RAM. (bajo.) Es el novio.

CLO. (con timidez.) Estaba tan impaciente... Has leído mi carta?

RAM. (la presenta á Sanabria.) Si, y aquí tienes mi respuesta.

CLO. (dando un grito.) Qué veo?... El señor de Sanabria?

SAN. (acercándose á ella.) Yo mismo, señorita... Dios mio!.. Vacila... (á Ramirez, sosteniéndola.) Malditas sean tus sorpresas.

CLO. (á Ramirez en tono de reconvencion.) Has hecho mal, Pepe, muy mal.

RAM. Eso es, riñeme ahora, cuando os evito la incomodidad de las esplicaciones, de las declaraciones, de los desmayos...

CLO. Pues que, ha leído mi carta el señor?

SAN. (al lado de Clotilde.) Ah! No le pese á usted; me ha hecho tan feliz!

CLO. (bajo á Ramirez.) Cómo has adivinado que era él?

RAM. (bajo.) Qué pregunta! Nosotros los magistrados tenemos tal costumbre...

SAN. (con fuego.) Y ahora, querida Clotilde, que estoy seguro de su amor de usted, nada podrá detenerme; lo arrostraré todo para merecer esta preferencia que labra mi felicidad.

RAM. (escuchándole con atencion.) Muy bien! Pero, qué es lo que vamos á hacer?

SAN. Cómo nos libramos de ese hombre?

CLO. Mañana debe efectuarse la boda.

SAN. (de pronto.) Se me ocurre una idea luminosa.

CLO. Advierto que no paso por nada de cuanto pueda disgustar á mi madre.

SAN. Lo que yo digo no la incomodará, y el señor

Pi tendrá que poner pies en polvorosa esta misma noche.

RAM. Sepamos.

SAN. (à media voz à Ramirez.) Le provoqué como había pensado... pero no le maté... él es el que me mata á mi.

RAM. Qué estás diciendo?

SAN. Usted verá, no puede faltar. (bajo à Ramirez.) No comprendes?... Elijo la pistola... tú las cargas... escamoteas las balas, mi hombre tira, yo caigo y me hago el muerto: las leyes del desafío, y el bando del Gobernador, le obligan á emprender la fuga y no se casa.

RAM. No está mal pensado.

CLO. Pero espíqueme usted...

RAM. (bajo.) Ya no puede ser: le veo que se desliza entre los árboles.

SAN. (dirigiéndose al foro.) Voy á insultarle.

RAM. (bajo.) Y de qué medio te valdrás?

SAN. (id.) Del primero que se me ocurra. (arrojándose bruscamente á los pies de Clotilde.) Ah! si, encantadora Clotilde... crea usted que mis sentimientos...

CLO. (sorprendida.) Qué le ha dado?

SAN. (bajo.) No se asuste usted.

RAM. (Ya está aquí.)

ESCENA X.

Dichos, Pi, á un lado y mirando al través de las ramas de los árboles.

Pi. (Qué demonio de champaña! Me ha acertado la vista... Sin embargo, me parece divisar el vestido blanco de la que amo!... Qué veo!... un hombre á sus pies!..)

SAN. (bajo.) Míreme usted con ternura... es esencial: (muy alto.) Ah! nunca olvidaré una declaración para mi tan agradable. (la besa las manos repetidas veces.)

Pi. (Y no se contenta con una vez!)

RAM. Yo no puedo estarle con los brazos cruzados. (alto à Sanabria con cólera.) Caballero, ese proceder es poco noble.

SAN. (con cólera.) Caballero!..

CLO. (mirándolos sorprendida.) Se han vuelto locos los dos?

RAM. (con calor.) Quién ha visto nunca que estando en visperas de casarse...

SAN. (con mas calor.) Es que yo no permitiré que se la sacrifique á un imbécil.

Pi. (saliendo del escondite.) Poco á poco; lo que es eso de imbécil...

CLO. (viéndole, huye dando un grito.) Ah! (se escapa: Sanabria se dirige al foro como para detenerla. Ramirez se acerca á Pi.)

ESCENA XI.

RAMIREZ, PI, SANABRIA.

RAM. (à Pi.) Cómo! Estaba usted aquí, amigo mio?

Pi. Hace un cuarto de hora; y doy á usted gracias por el interés que se tomaba...

RAM. Y por qué no se ha presentado usted?

Pi. Estaba petrificado!.. Pero quién es ese caballero?

RAM. No lo sé, un desconocido, una especie de loco que se ha introducido...

Pi. Será un amante! Voy á acusarle las cuarenta.

RAM. (bajo.) No le guarde usted ninguna consideración.

Pi. Usted verá como yo me porto. (con aplomo à Sanabria.) Caballero!

SAN. Usted tiene la culpa de que Clotilde se haya marchado... Bien podia usted haber hecho lo mismo.

Pi. Está buena la ocurrencia!.. Que hubiese hecho lo mismo... como si yo fuera extraño á la cuestión. (levantando la voz.) Ignora usted que es de mí de quien estaba usted hablando hace un rato?

SAN. Cuando he dicho un imbécil...

Pi. Es inútil que usted lo repita; la espresion no es nada parlamentaria.

SAN. No se acalore usted... si yo hubiera sabido...

Pi. (levantando la voz.) Caballero, esa no es disculpa.

SAN. Mi intencion...

Pi. Su intencion, su intencion... (No parece hombre de armas tomar, y creo que...) En resúmdas cuentas, caballero, yo estoy ofendido... esa jóven me interesa.

SAN. Tambien á mi, y podria quejarme.

Pi. Y de qué se ha de quejar usted?... De que le he sorprendido á sus pies?... De que la besaba usted la mano?

SAN. De eso, de eso mismo; ha sido una imprudencia de parte de usted.

Pi. No me faltaba mas que oír! Qué me dice usted de eso, mi querido primo?

RAM. (bajo.) Que es un impertinente; y usted no debe consentir...

Pi. (va á marcharse.) Opino como usted; vámonos.

RAM. (deteniéndole.) Qué va usted á hacer?... Qué se diria de usted, de usted que este invierno ha tenido ya catorce desafíos?

Pi. Por eso mismo... el décimo quinto no aumentaria en nada mi reputacion. Me dá lástima... le perdono... Conque así... (quiere marcharse.)

SAN. No señor, usted no se irá sin darme una satisfaccion.

Pi. (gritando.) Está bueno: ahora quiere que yo le dé una satisfaccion.

RAM. (bajo.) Lo que él quiere es entrar en transacciones, se le conoce que es cobarde.

Pi. (bajo y con aire de desprecio.) Así me parece, y por tal despreciémosle.

SAN. (deteniéndole.) Le digo á usted que no saldrá de aquí.

Pi. (con cólera.) Va me vá usted cargando... Pues hombre, tendria que ver que siendo yo el insultado, y que cuando debiera exigirle una satisfaccion por esas impertinencias... Ba! hasta estrafalario me parece. (à Ramirez.) Vámonos, amigo mio, vámonos.

SAN. (deteniéndole.) Un momento... Usted acaba de llamarme impertinente y estrafalario... y ahora soy yo el ofendido.

Pi. (à Ramirez.) Pues no dice que él es el ofendido? Vaya, este hombre quiere hacerme perder la chaveta.

SAN. Y si usted no renuncia á la señorita Clotilde...

Pi. Eso es; para que el coronel venga despues á pedirme cuenta de semejante afrenta.

SAN. (en alta voz.) En qué quedamos?

Pi. Quedamos en que no renuncio á la señorita Clotilde... y en que no doy á usted ninguna satisfaccion... Lo entiende usted?

RAM. (bajo.) Bien!
 SAN. Que no me dará usted ninguna satisfacción?
 RAM. (bajo á Pi.) Tiene miedo.
 PI. Que no... Como quiere usted que se lo diga?
 SAN. (cogiéndole la mano.) Tóquela usted... Quiere usted que nos batamos?... nos batiremos... Un desafío... me alegró!

ESCENA XII.

Dichos, DIAZ.

DIAZ. (llegando por el jardin.) Un desafío!
 SAN. (apretando la mano á Pi.) Y á muerte; se lo prevengo á usted.
 DIAZ. (á Sanabria.) Con el novio?... Bravo, mi capitán.
 PI. (á Ramirez.) Como! Es militar?
 DIAZ. (á Sanabria.) Es esa la sorpresa que usted me ocultaba?
 RAM. (á Pi.) Yo he hecho cuanto estaba de mi parte para impedir... pero no habia medio de...
 PI. A no ser que el señor quiera retractarse...
 SAN. Jamás.
 PI. Entonces tendrá usted noticias de quien es don Francisco Pi, luego que se haya verificado mi casamiento, despues de que haya puesto en orden mis negocios...
 SAN. No señor, yo no aguardo, ni á mañana... Ha de ser esta noche... ahora mismo... aqui... á la luz de la luna.
 PI. Pero usted no tiene padrino?
 SAN. Diaz lo será.
 RAM. (á Pi.) Y yo lo seré de usted.
 PI. Gracias por tanta fineza! (Ay Dios mio! en buena me he metido.) No tenemos armas.
 DIAZ. (señalando su cuarto.) Casualmente conservo las pistolas que tenia en el rejimiento.
 RAM. Vé por ellas.
 DIAZ. (marchándose.) Al instante.
 PI. (queriendo detenerle.) Oye... mira... (Nada... se fue...) no hay remedio...
 RAM. Este lance le vá á dar á usted mucha celebridad.
 PI. (con tono plañidero.) Favor que usted me hace!... creo que he manifestado bastante energia... no es decir por eso que no hubiese preferido... (levantando la voz para que le oiga Sanabria que se pasea.) Porque es muy desagradable esponerse á matar á un prójimo. Y en fin, si el señor hubiese querido retractarse... (Sanabria sigue pasándose talareando.) Pues no está cantando!... y en qué momento... Está visto, hay hombres de piedra.

ESCENA XIII.

Dichos, DIAZ.

DIAZ. (trayendo un par de pistolas de arzon.) Aqui están.
 PI. (Dios mio! Son dos trabucos.)
 SAN. Carguémoslas.
 RAM. (cogiéndolas.) Eso corresponde á los padrinos.
 PI. Pero ante todo...
 RAM. Vengan las valas... (Al bolsillo.) (se las guarda.)
 PI. (con enfado.) No sé precisamente hasta qué punto puedo servirme de las armas de un extraño.

RAM. (levantándose y cargando las pistolas.) El partido es igual, y no puede usted rehusar. (á Diaz.) Los tacos?
 DIAZ. Tome usted.
 PI. (paseándose por un lado mientras que Sanabria se pasea por otro.) La esplosion vá á asustar á esas señoras.
 DIAZ. Estan muy distantes; y en todo caso, las diria que eran unos cazadores.
 PI. La disculpa es injeniosa! pero seria tan fácil... (deteniéndole como para entrar en esplicaciones mientras que Ramirez ataca las pistolas.) Porque en fin, al llamar al señor impertinente y estrafalario... á mi tambien... porque... al cabo nunca he querido, nunca he pretendido; al contrario, el señor ha llegado... yo no le decia nada á él, era conversacion nuestra... y con todo, se me cree sanguinario... yo no lo soy!... Si lo fuera, no me habria contentado con... (Creo que se ablanda.)
 SAN. (con frialdad.) Quién tira primero?
 PI. (Qué testarudo es!)
 RAM. (señalando á Pi y dándole una pistola.) El señor es el ofendido.
 DIAZ. (señalando á Sanabria.) No por cierto, el ofendido es mi capitán.
 SAN. Que lo decida la suerte.
 RAM. (levantándose, y tirando una moneda al aire.) Cara ó cruz?
 PI. (con viveza.) Cara!
 DIAZ. (mirando.) Es cruz! (alargando la pistola á Sanabria.) A usted le toca.
 PI. Tuve cruz en la punta de la lengua.
 DIAZ. (bajo á Sanabria.) Apunte usted bajo, por-
 levantan mucho.
 SAN. En cuanto á las demas condiciones?...
 RAM. Vamos á arreglarlas nosotros.
 PI. (bajo á Ramirez.) Hágale usted entrar en razon, porque verdaderamente me causa lástima.
 RAM. (bajo, se dirige á los otros.) Pierda usted cuidado.
 PI. (Qué demonio! cuánto mejor seria que nos arregláramos amigablemente y que nos diéramos la mano... Eso de andar á tiros es una barbaridad.)
 RAM. (acercándose á Pi.) Todo está arreglado; se batan ustedes á doce pasos.
 PI. (consternado.) Bueno!... (Vaya un modo que tiene de arreglarlo!)
 RAM. Contemos los pasos.
 (Ramirez y Diaz se vuelven la espalda y parten del centro del teatro en sentido inverso. Cada uno cuenta seis pasos y vá á colocarse despues al lado de su ahijado. Momento de silencio.)
 PI. Qué mala suerte tengo! Va á tirar primero, y puede que...
 RAM. (á Pi, cogiéndole la mano.) Colóquese usted. (viendo que tiembla.) Qué tiene usted?
 PI. (con voz alterada.) Nada; son los nervios.
 RAM. (bajo.) Qué tiene usted?... No está usted asegurado?
 PI. (id.) Qué se yo. Creo que los desafíos están terminantemente esceptuados por la compañía de seguros.
 SAN. (desde lejos.) Está usted ya?
 PI. Voy. (Si pudiera marcharme sin parecer mal, pero no hay remedio; es preciso conservar mi reputacion. Aqui, alli... (volviéndose á todos lados.) dónde presentaré menos blanco?)

DIAZ. A ver si se está usted quieto; parece usted una anguila.

PI. (Quisiera verte en mi lugar.)

DIAZ. (con voz de trueno.) Silencio!

RAM. (bajo á Pi.) Inmóvil! (Ramirez y Diaz están un poco separados de los combatientes; Sanabria apunta á Pi; los testigos dan tres palmadas y dicen.)

RAM. y DIAZ. Una, dos, tres. (Sanabria dispara.)

PI. (bajándose involuntariamente.) Ay! (á Ramirez.) Me han herido?

RAM. No.

DIAZ. (á Sanabria.) Qué es eso, mi capitán! Usted que tiene tan buena puntería.

RAM. (imitando á Diaz.) Silencio!

SAN. (á Pi.) A usted le toca.

PI. Si yo le yerro, vamos á empezar otra vez, y solo este temor es bastante. Oh! qué idea! (á Ramirez.) Voy á disparar al aire, y concluiremos de una vez. (Ramirez con una seña indica á Sanabria el pensamiento de Pi, y en el momento en que este levanta el brazo le dice.)

SAN. (con viveza.) Un momento: no acepto su generosidad de usted; aproveche la ventaja que tiene... Use usted de su derecho, porque si dispara usted al aire, nada conseguirá, pues yo volveré á usar del mio.

PI. (Qué terquedad!) (se prepara á apuntar.)

SAN. y DIAZ. Vamos.

PI. (apuntando y azuzándose á si mismo.) Hum! hum! todavía es tiempo; una retracción por insignificante que fuera...

SAN. Por vida de...!

PI. (apuntando.) No se enfade usted; una vez que usted se empeña, allá vá. (hace fuego, y Sanabria cae)

SAN. (dando un grito.) Ah! ah!

RAM. Cielos!

DIAZ. Está herido.

PI. (sorprendido.) Cómo puede ser, si yo cerré los ojos?

SAN. (con voz débil.) Muerto soy!

DIAZ. (corriendo á él.) Voto á... si yo me dejara llevar de mi génio! y no hay quien le socorra!

RAM. (acercándose á Sanabria y separando á Diaz.) Aparta; yo entiendo un poco de cirugía.

PI. Lo estoy viendo y no lo creo!.. Es preciso ser muy desgraciado!

RAM. (al lado de Sanabria.) No hay esperanza.

DIAZ. Pobre capitán!

PI. (tirando la pistola.) Desventurado jóven!

DIAZ. Cállese usted.

SAN. (incorporándose un poco á duras penas.) Todo es inútil, las fuerzas me abandonan; huya usted pronto!.. Señor de Pi... yo le perdono á usted:

PI. El caso es que yo no tengo la culpa; ustedes lo han visto. Usted lo ha querido, desventurado jóven!

SAN. Sálvese usted... huya usted cuanto antes... sustráigase usted á la vindicta pública.

RAM. (bajo á Sanabria.) No hables tanto... abrevia los postreros momentos.

SAN. (debilitándose.) Es el último consejo que un enemigo generoso... Ah! á Dios!.. (cae.)

TODOS. (con voz ahogada.) Ah!

RAM. (poniendo la mano en el corazón de Sanabria.) Nada... murió!

PI. (abatido.) Héme aquí pues que soy un asesino,

no, un malvado!.. El espanto de las familias!.. El terror del género humano! Y qué hacemos ahora?

RAM. Usted no debe pensarlo mucho... tiene usted que echar á correr al instante.

DIAZ. (amenazándole.) Porque sino...

PI. Que me vaya dice usted?

RAM. Y no desperdicie usted el tiempo; el bando del gobernador... las leyes... los tribunales... Oh! pase usted pronto la frontera... Diaz, ábrele la verja.

PI. No, no; yo no me voy.

SAN. (Eh?)

RAM. Huya usted.

PI. He dicho que no; estaria bueno... y la boda?

RAM. La ocasion es á propósito para pensar en bodas, cuando está usted amenazado!.. Además de que mi tia no permitirá ya semejante enlace... y cuando la autoridad militar sepa que usted ha matado un hombre...

PI. Conozco que el caso es apurado, pero tiene remedio... Guardemos todos el mas profundo silencio... y ocultemos la catástrofe.

RAM. Pero, cómo es posible?

PI. (bajando la voz.) Enterrando al muerto en el jardín.

RAM. (No habia contado yo con eso!)

SAN. (Cómo! van á enterrarme?)

PI. Por aquí encontraremos algun sitio á propósito... es de noche... ese joven era forastero, y nadie le echará de menos... Es cosa de un momento. (ha dicho estas últimas palabras dirigiéndose al fondo y en ademan de buscar.)

SAN. (bajo á Ramirez que está á su lado.) Yo no lo consiento.

PI. (volviéndose á Ramirez.) Y por qué no lo consiente usted?

RAM. (turbado.) Quiero decir que me parece imposible...

PI. Ca! si es muy facil... Entre los tres despachamos en un momento... Usted verá. (buscando.) Si tuviera un instrumento...

SAN. (bajo á Ramirez.) Sácame de este apuro, ó resucito.

DAM. (llamando desde lejos.) Señor Pi.... Pepe...

PI. Qué es eso?

DIAZ. La voz de la señora.

RAM. (con alegría.) Habrá oido los tiros.

PI. Esa es otra Y qué hacemos?

RAM. Salirla al encuentro para impedir que llegue hasta aquí y descubra...

PI. Y si nos detiene, y mientras tanto ese desventurado... (señalando á Sanabria.)

RAM. (haciendo señas á Sanabria.) Diaz se encargará de darle sepultura... Qué falta hacemos nosotros?

DIAZ. Yo, señor...

PI. Me parece bien.

DIAZ. Advierta usted...

RAM. (bajo.) Nada temas.

DIAZ. (bajándose á mirar á Sanabria.) Pobre capitán! bien mirado, es preciso...

SAN. (incorporándose: al oido á Diaz.) Calla, y obedece.

DIAZ. (asustado.) Virgen Santísima!

SAN. (tapándole la boca con la mano.) Silencio!

DAM. (más cerca que antes.) Pepe... Pepe.

RAM. (llevándose á Pi.) Ah! vamos, vamos.

PI. (azorado.) Si... vamos... (á Diaz.) En ti confiamos...

DIAZ. (con alegría.) Descuiden ustedes. (Ramirez y Pi se van por el fondo izquierda. Sanabria se levanta y cae el telon.)

ACTO SEGUNDO.

Un salon que comunica por el fondo con otro, en el que se ven arañas, y encima de las mesas candelabros que se encienden al ir á empezar el baile. A la izquierda del espectador un gabinete; á la derecha un balcon. Al lado del gabinete una mesa redonda con tapete y recado de escribir.

ESCENA PRIMERA.

DIAZ, RAMIREZ.

Al levantarse el telon aparece Diaz arreglando los muebles. Ramirez por el fondo.

RAM. Chit... chit... Diaz.

DIAZ. (volviendo la cara.) Ah! es usted, señorito?

RAM. Cómo sigue el muerto?

DIAZ. Sigue bastante bien, pero estaba muy impaciente; no hacia mas que preguntar por usted.

RAM. No he podido ausentarme durante la comida; pero le he escrito antes de sentarme á la mesa.

DIAZ. Y su carta de usted acabó de trastornarle la cabeza... Qué le decia usted?

RAM. Que no quedaba ninguna esperanza.

DIAZ. Bah!

RAM. He empleado toda mi elocuencia para persuadir á ese alcornoque de novio, á que cuando menos se ocultara algunos dias y retrasara su boda... pero no lo he podido conseguir... Se está esperando al escribano para firmar los contratos, y despues habrá baile... Ya ves que tu pobre capitan no tiene mas remedio que tomar la diligencia y marcharse por donde ha venido.

DIAZ. (triste.) Me parece que lo ha hecho ya.

RAM. Qué dices?

DIAZ. Su primer pensamiento fue venir aqui y matar á su rival como medida provisional; pero yo le hice presente muy oportunamente, que eso no podia ser despues de lo que ayer habia ocurrido.

RAM. Es claro: los muertos deben estarse quietos.

DIAZ. Yo no sé lo que le sucederá. Lo cierto es que de pronto me dió un abrazo, echó á correr como un loco, y no le he vuelto á ver.

RAM. Dios mio! Si habrá hecho algun desatino?... Temo que en un momento de desesperacion... Corramos á buscarle por si aun es tiempo de impedir... (se detiene al ver á Pi.) Silencio! aqui viene su vencedor.

ESCENA II.

(Dichos, Pi, vestido de etiqueta.)

PI. (con dignidad.) Ah! estaba usted aqui, querido amigo, querido primo? Aunque mejor pudiera decir, mi apreciable Pilades, pues en este momento solo puedo compararme á Orestes, perseguido por las Euménidas! Y á propósito de Euménidas, buenas tardes, Diaz. (alargando-

le la mano. Diaz hace un ademán de indignacion.) Ah! no rechaces esta mano terrible; no la castigues por haber cometido un error cuya principal victima soy yo.

DIAZ. Usted?

PI. Yo; si supieras la noche que he pasado, hijo mio?... Apenas he podido pegar los ojos, y continuamente estaba viendo fantasmas que giraban al rededor de mi lecho... Aquello era una especie de aquelarre... un infierno completo... Ah! amigos míos, el sueño del homicida es una pesadilla perpétua... y creed á un pecador arrepentido; matad las menos personas posibles si quereis vivir en paz con todo el mundo y con vosotros mismos.

RAM. Vamos, primo, para qué sirve el talento? En este mundo debemos hacernos superiores á todo; peor fuera que usted hubiese sido el muerto.

PI. (dando un suspiro.) Es cierto que lo habria sentido mas; pero las facciones de ese malogrado jóven no se borran de mi memoria; su imágen ensangrentada me persigue por todas partes... Estan ustedes seguros de que no podrán descubrir, ni siquiera sospechar?...

DIAZ. Oh! no hay peligro.

PI. Y dime, Diaz, has desempeñado tu comision completamente, y con aquel respeto?..

DIAZ. (mirando á Ramirez.) Oh! si, señor.

PI. Bien, cuando pasen unos dias, colocarás un ciprés y algunas flores junto á esa tumba solitaria, que encierra los restos de un valiente desgraciado, y quiera Dios que le sea la tierra ligera... (á Ramirez.) Me parece que esto es lo que se llama tener buen corazon... Oh! yo soy todo buen corazon desde los pies á la cabeza.

RAM. (viendo á doña Damiana.) Silencio! aqui vienen los convidados.

PI. Vamos, es preciso ocultar, con la sonrisa en los labios, los remordimientos que destrozan mi alma, los fúnebres pensamientos que ofuscan mi imaginacion. (pasa á la derecha del teatro.)

DIAZ. (bajo á Ramirez.) Y no hay medio de impedir ese casamiento?

RAM. (bajo.) Temo que no. (Diaz se aleja.)

ESCENA III.

RAMIREZ, PI, DOÑA DAMIANA, CLOTILDE, en traje de sociedad. Visitas de la casa, y oficiales.

DAM. (presentando varias personas á Pi.) Te presento al señor de Fontseca, nuestro mejor amigo; el señor alcalde primero constitucional; el administrador de rentas...

PI. (saludando.) Señores, tengo el honor...

DAM. Y el Gobernador, dónde está?... Me habia prometido...

PI. (á Ramirez.) Y el escribano?... No ha visto usted al escribano?...

RAM. No. (mientras que siguen los cumplidos, Clotilde se acerca á Ramirez.)

CLO. (á media voz y temblando.) Dime, primo, y ese medio de que me has hablado?... Y Sanabria, dónde está?

RAM. (Dios lo sabe.)

CLO. (con viveza.) Vas á ver como llega cuando ya esté casada.

RAM. (Otras cosas habrá mas difíciles.)

DAM. Y ese escribano, que no parece?

PI. No será porque no le dejara dicho que estu-

viere aquí a las cinco en punto.
 RAM. No se como puede ser eso.
 PI. A no ser que haya creído que le citaba para las cinco de la mañana...
 DAM. (mirando al reloj.) Ya son las seis...
 R. M. (bajo a Clotilde.) Concibo alguna esperanza.
 CLO. (bajo.) Como!
 RAM. (id.) Sanabria habrá interceptado al escribano en el camino.
 CLO. (id.) Sanabria.
 RAM. (id.) Es claro: no vendrá y ganaremos tiempo.
 CLO. (id.) Qué felicidad!!!
 DIAZ. (anunciando.) El señor escribano.
 CLO. (aparte, aterrada.) Ah!
 RAM. (El cielo le confunda.)
 DAM. Gracias a Dios.

ESCENA IV.

Dichos, SANABRIA, vestido de negro, sin vigotes y con gafas.

SAN. Pido a ustedes mil perdones... Siento en el alma haber hecho esperar a ustedes... Dirán ustedes, y con razón, que me he portado la primera vez que me han necesitado. (se acerca a las señoras y habla con mucha precipitación.) A fe que no es este el modo de acreditar me en un país en que no tengo el honor de que nadie me conozca todavía.
 DAM. (acercándose a él.) Caballero...
 SAN. Señora?... Tengo a mucha honra el poder ofrecer mis servicios a una cliente tan distinguida, tan amable... (buscando con la vista.) Y su encantadora hija de usted?... Será esta señorita... no hay que preguntarlo... es tanta la semejanza...
 CLO. (Qué yeo!...
 RAM. (Es posible!)
 SAN. a Clotilde.) Señorita, vengo a legitimar su felicidad de usted.
 CLO. Viene a casarme él mismo; (bajo a Ramirez.) vaya un medio de salir de apuros. (se coloca al lado de su madre.)
 RAM. (bajo a Sanabria.) Pero dime...
 SAN. (bajo.) He ganado al escribiente... tengo los papeles.
 RAM. (id.) Y el escribano?
 SAN. Le he hecho viajar... está a tres leguas de aquí... (bajo.) a hacer el testamento de mi supuesto padre... que se halla en peligro de muerte!... (volviendo a fingir la voz, y dirigiéndose a doña Damiana que se acerca a él.) Espero que todos serán indulgentes, y que disimularán mi tardanza.
 PI. (que ha pasado a la izquierda de Sanabria cantoneándose.) No ha contado usted con el novio, señor escribano, que no le perdonará a usted su descuido. (le mira, y se queda estupefacto.) Y me sorprende tanto mas, cuanto que... (aparte, aterrado.) Dios mio!... (mirando a Sanabria y hablando a Ramirez.) Primo...
 RAM. Qué?
 PI. (bajo.) Se me erizan los cabellos: mire usted, es él, el mismo que yo maté ayer.
 RAM. (bajo y riendo.) Y que ha resucitado, eh?
 PI. Ya conozco que sería una barbaridad! pero mirele usted, las mismas facciones.
 RAM. No encuentro esa semejanza; usted está

preocupado; (mirándole desde lejos.) este es más alto... y luego su figura, y hasta su fisonomía...
 PI. (tranquilizándose.) Si, bien mirado, el otro era más... y este es menos...
 RAM. Vaya, vaya, deje usted eso.
 PI. Y luego, cuando se vuelve... no, no es él.
 CLO. (Cómo le mira: si sospechará?)
 SAN. (a PI.) Por el modo con que usted me examina, se me figura que usted quiere conocerme. He tenido el honor de ver a usted en alguna otra parte?
 PI. (turbado.) No!... es decir, si, al menos tal creo. (Oh! algo hay.) (alto, y como involuntariamente.) Disimule usted, le han matado a usted alguna vez? (reponiéndose.) Oh! he dicho una atrocidad; queria decir... Ha tenido usted recientemente algun desafío?
 SAN. Hombre, por Dios... usted debe conocer que un oficial...
 PI. (bajo a Ramirez.) Un oficial!
 SAN. Un oficial público, un hombre de paz y conciliación, no debe nunca... Nosotros los escribanos solo nos batimos con la pluma.
 DAM. (acercándose a ellos.) Vamos, señores, otro día hablarán ustedes de su antiguo conocimiento. Leamos el contrato. (a un criado.) Luces.
 CLO. (Ya no me queda esperanza. (un criado trae un candelero y lo deja en la mesa.)
 SAN. (con jovialidad.) Cuando ustedes gusten. (se sienta en la mesa.
 PI. (siguiéndole con la vista.) Decididamente no es él; y por otra parte, tampoco puede ser, porque habiéndole yo... soy un necio.
 (Toma una silla, las señoras se sientan formando círculo. Los oficiales se quitan las espadas y las dejan con los sombreros en un sofá. Están colocados del modo siguiente. — PI, Clotilde, doña Damiana, Ramirez, Sanabria a la mesa, los oficiales y los jóvenes de pie detrás de las señoras.)
 SAN. (tosiendo y mirando a su alrededor.) Hum! no falta nadie?
 CLO. (con viveza.) Y mi tío, mamá?
 DAM. Tu tío! estás loca! No sabes que me escribió, hace ocho días, que la gota le impedía venir?
 PI. No debemos contar con él, ni tampoco con mi tía: sin duda habrá hecho volcar la diligencia.
 RAM. (bajo a Sanabria.) Qué vas a hacer?
 SAN. (bajo.) Embrollarlos... Los contratos matrimoniales siempre se prestan... (alto y leyendo con viveza.) «En la ciudad etc... ante mi el escribano de su magestad y testigos etc... ya saben ustedes el protocolo de costumbre... «comparció...» ya saben ustedes los nombres de los novios en blanco... cláusulas principales... principales... ya saben ustedes.
 PI. Ya saben ustedes, ya saben ustedes... Si lo sabemos, es inútil que usted nos lo repita.
 DAM. (a Sanabria.) Claro está. Se habrá usted atenido a las notas que yo mandé?
 SAN. Exactamente. Sin embargo, propongo una ligera modificación. (señalando a PI.) el señor no debe de estrañarlos. Pero como suele decirse, somos mortales, no es verdad?
 PI. Eh? (Qué demonio de hombre! sus miradas me aterran.)
 SAN. Es una suposición; pero puede suceder una desgracia, y entonces la mejora convencional estipulada en favor del que sobreviva, no pu-

diendo separarse de los parafernales, en atención á que la hacienda total solo puede cambiarse por las cuatro quintas partes, segun apreciacion hecha por peritos nombrados de oficio... por aquello de *legibus... de donationibus*... es claro.

PI. (que está aturdido.) Es turbio... á que cuento vienen los omnibus... Vaya una algarabía.

SAN. (á Pi.) Esto le parecerá á usted confuso; (señalando á Ramirez.) pero el señor que es lealista, me comprenderá perfectamente.

RAM. Mucho que le comprendo.

PI. No tiene poca suerte.

RAM. (con gravedad.) Y aunque pariente de la novia, confieso que si me encontrara en lugar del señor, no consentiría nunca en semejante cláusula.

SAN. (con calor.) Y yo en el de la señora insistiría en ella.

RAM. (id.) Es insólita!

SAN. (id.) Es de derecho!

RAM. (señalando á Pi.) Y si el señor se queda arruinado?

PI. (levantándose y acercándose á la mesa.) Poco á poco; eso no me acomoda... Es decir, que si yo me muriese, me vería reducido.

SAN. (cogiéndole del brazo como para hacerle comprender.) No es eso; el muerto se apodera del vivo.

PI. (asustado.) Vaya un consuelo... no quiero.

RAM. Veo que es imposible entendernos!

SAN. (levantándose.) Es preciso consultarlo.

PI. Será lo mejor.

CLO. (con alegría.) Perfectamente!

DAM. Permítanme ustedes... (todos se levantan.) yo hago justicia al celo del señor escribano; pero me parece...

ESCENA V.

Dichos, DIAZ, con una carta que dá á DOÑA DAMIANA.

DIAZ. De parte del señor Gobernador.

DAM. (abriéndola.) Con permiso de ustedes.

RAM. (bajo á Pi.) No ceda usted.

PI. Es claro que no; y si se alteran en lo mas mínimo el contrato, no le firmaré de ninguna manera; en primer lugar, yo tendré hijos; pero aun cuando no los tuviera, no creo que sea una razon...

DAM. (que ha leído la carta.) Qué veo? (acercándose á la mesa y llevándose aparte á Sanabria, Ramirez y Pi.) Señor escribano, sobrino, sea cual fuere su opinion de ustedes, debo manifestarles que tengo la mayor confianza en la lealtad del señor Pi, y que deseo que el contrato se firme inmediatamente.

SAN. (Demonio!)

RAM. (vacilando.) Inmediatamente?

DAM. Hay un capitán, un tal don Luis Sanabria, de quien me habló mi hermano, (bajando la voz.) que está enamorado de mi hija, y que es capaz de cualquier cosa.

LOS TRES. ¿Qué?

DAM. En esta carta me dice el Gobernador que está en la ciudad desde anoche, que hoy le esperaba á comer, y que no ha parecido.

PI. (á Ramirez por lo bajo.) Pues ya puede esperarle con la mesa puesta.

DAM. (á Sanabria.) Yo me temo que esté medi-

tando alguna extravagancia; ya me comprende usted: esto es hablarle á usted como á un amigo de la casa.

SAN. En nadie mejor que en mí puede usted depositar su confianza, señora.

DAM. No estaré tranquila hasta que vea firmado el contrato... Despachemos.

PI. Eso es.

RAM. (bajo á Clotilde.) Todo se ha perdido.

CLO. (id. á Ramirez.) Cuando iba tan bien.

SAN. (Yo ya no se qué hacer... ah! el nombre del novio está en blanco, y aun cuando solo consigo enredarlo todo... (se sienta á la mesa.)

PI. Vamos, señor escribano.

SAN. (con la pluma en la mano.) Su gracia de usted.

PI. (dictando.) Francisco de Borja Pi Sanabria.

SAN. (escribiendo y aparte.) Luis Gonzaga Sanabria.

PI. (dictando.) Propietario.

SAN. (escribiendo y aparte.) Capitan de caballeria.

PI. Muy bien.

SAN. (á Clotilde que se ha acercado á la mesa para firmar.) Firme usted á ciegas; luego veremos lo que sale.

ESCENA VI.

Dichos, DIAZ, corriendo.

DIAZ. Señora, señora, el coronel acaba de llegar. Los tres! El Coronel!

DAM. Mi hermano!

CLO. Mitio!

DIAZ. Le he visto... (y ya sube.) miren ustedes... parece un joven.

DAM. Ah! córramos... (todos se dirigen al fondo.)

SAN. (Mi Coronel! si me ve soy perdido.) (entra y cierra la puerta.)

ESCENA VII.

Dichos, el CORONEL.

COR. (á los que le rodean.) Si señores, yo soy; mi gota y mi muger me han dejado por un momento en paz, y me he aprovechado de él.

DAM. Qué sorpresa tan agradable!

CLO. Querido tio!

RAM. Llegó usted á tiempo.

PI. Si tarda usted un poco mas.

COR. (saludando.) Señoras... (á Damiana.) Como te va?... y á ti, Clotildita? Vamos, que andar mas de veinte leguas en posta, para bailar en tu boda, me parece que es de agradecer... y mucho más en un gotoso.

CLO. (con timidez.) Se ha espuesto usted á una recaída.

COR. (á Ramirez.) Ola! señor juez... Ah! mi querido Pi. (dándole la mano.) No he tenido el gusto de ver á usted mas que cuando pasó por Barcelona... Tenia usted tanta prisa por conocer á su futura; pero he querido mucho á su padre de usted. . era un excelente sugeto, y estoy seguro de que usted se le parecerá... Ah! supongo que no habré venido á estorbar... En qué estábamos?

DAM. Ibamos á firmar el contrato.

COR. Pues á firmar.

PI. (indicando.) El escribano hace una hora que

está esperando! (mirando y no viendo á nadie.)
 Calla! pues dónde se ha metido?
 Clo. (Se ha escapado.)
 RAM. (No ha andado poco listo.)
 Pi. (llamando.) Señor escribano... señor escribano.
 Cor. Puede que se haya marchado.
 Pi. No, señor; si no hemos concluido!... Señor escribano... (á los jóvenes.) Le han visto ustedes salir?
 Todos. No.
 Cor. Es particular!
 Pi. (mirando á todos lados.) Busquémosle...! á ver si se ha escondido en alguno de esos cuartos... (los hombres se van por la derecha y por la izquierda con Ramirez.)
 DAM. (llevándose al Coronel aparte.) (Aquí hay) algún misterio.
 Cor. (bajo.) Cómo!
 DAM. (id.) Si, si... la alegría de mi hija... ese escribano que desaparece en el momento de ir á firmar... Esto es alguna jugarreta de Sanabria.
 Cor. (id.) Está aquí Sanabria?
 DAM. (id.) Desde anoche.
 Cor. (id.) Y se ha atrevido contra mi espreso mandato...
 DAM. (dándole la carta del Gobernador.) Mira.
 Cor. (leyendo para si, bajo.) Escierto!... ah! el perillan quiere ganar la apuesta... Vive Dios que le he de poner las peras á cuarto... Si le llevo á echar la vista encima, le he de encerrar entre cuatro paredes, despues de hacerle servir de testigo en la boda. (alto.) Qué hay?
 Pi. (volviendo con los jóvenes.) Que nadie le ha visto; he preguntado á todos los criados.
 Cor. (con intencion.) Es decir que no ha salido... Se me figura que yo le he de encontrar... Vamos, señores, á hacer un reconocimiento, daremos un paseo militar por toda la casa. (vanse todos excepto Pi.)

ESCENA VIII.

Pi, solo y mirando debajo de los muebles.
 Vaya que anda el diablo en cantilla... Por esta reja no puede haber salido; en primer lugar está cerrada por dentro; (la abre.) en segundo, se hubiera estrellado. (deteniéndose.) Y cuando me acuerdo de su semejanza con aquel infeliz... Si yo fuera supersticioso... No lo soy; pero si lo fuera... habiendo estado él ahí... junto á esa mesa... (se acerca á la mesa y vé el contrato.) Aquí está el contrato todavía... (mirando maquinalmente.) Qué veo? (leyendo.) Luis Gonzaga Sanabria, capitán de caballeria... (muy conmovido se sienta.) El que yo maté ayer... su nombre ocupa el puesto del mio... qué significa esto?... Ese hombre es un espíritu foletto, un demonio ó un vampiro que resucita á tiempo dado?

ESCENA IX.

SANABRIA, Pi.
 Durante las últimas palabras del precedente monólogo se abre poco á poco la puerta del gabinete y aparece Sanabria. Pi se vuelve, le vé y dá un paso hácia atrás.
 Pi. Ah! todavía está aquí!

SAN. (creyendo estar solo.) Nada oigo ya... puedo escurrirme.
 Pi. (temblando y cortándole el camino.) Alto ahí, caballero.
 SAN. (Otra vez este imbécil.)
 Pi. (mirándole con aire indeciso.) Es una vision, una fascinacion... pero sea lo que fuere... (á Sanabria que quiere salir.) yo no le suelto... alto ahí, he dicho.
 SAN. Me estan esperando otros negocios.
 Pi. No lo dudo... y supongo tambien que seran muy enredados... pero antes es preciso que me esplique usted cómo se encuentra usted aqui, y lo que significa ese nombre en ese contrato?
 SAN. (impaciente.) Ea, déjeme usted en paz.
 Pi. Ese nombre que ocupa el puesto del mio?
 SAN. Una vez que usted se empeña, le diré que ese nombre es el de mi hermano.
 Pi. (retrocediendo.) El de su hermano!
 SAN. Un capitán, un joven apreciable que adora á la señorita Clotilde: es correspondido, y yo quiero á toda costa que se case con ella.
 Pi. (cojiéndole la mano con aire compunjado.) Su hermano! Todo se espliega, esa semejanza... mas vale así. Y usted queria que se casase con ella?
 SAN. (con viveza.) Y se casará, aunque usted y todo el mundo se empeñe en lo contrario.
 Pi. (deteniéndole.) Infeliz! No podrá usted conseguirlo.
 SAN. Lo veremos.
 Pi. Hace mucho tiempo que no ha visto usted á su señor hermano?
 SAN. Ayer, y le juré que venceria todos los obstáculos que se oponen á su enlace con la que ama.

Pi. Es imposible.
 SAN. Pues yo le digo que se casará!
 Pi. No se casará.
 SAN. Si se casará.
 Pi. (con fuerza.) Desventurado, qué quiere usted hacer? Un casamiento póstumo?
 SAN. Cómo?
 Pi. Su hermano de usted ha muerto!
 SAN. Ha muerto!
 Pi. Completamente. Un lance desgraciado, un desafio... su adversario era hombre de calibre...
 SAN. Y usted me lo dice?... Luego usted es quien le ha matado?
 Pi. Yo no digo eso.

ESCENA X.

Dichos, RAMIREZ, apresurado.
 RAM. Qué hay?
 SAN. (gritando.) Es una infamia!
 Pi. (gritando á un mismo tiempo.) Es una atrocidad!
 RAM. (bajo á Sanabria.) Todavía estás aquí... El coronel sospecha que te has introducido en esta casa... y quiere encerrarte en un castillo.
 SAN. (quiere salir.) Salvémonos.
 Pi. (colocándose delante de él.) No, no sale usted. Es mi sino, y es preciso que se cumpla.
 SAN. Quitese usted de enmedio...
 RAM. Cómo! El señor escribano...

PI. No es tal escribano... ó por mejor decir, si es escribano, es un escribano prevaricador, hermano de mi victima, y enemigo mio declarado, que quiere desbaratar mi casamiento.

SAN. (queriendo salir.) Ya no hay aguante.

PI. (echando el cerrojo.) Que no saldrá usted.

SAN. (cojiendo una espada de las que los oficiales han dejado en el sofá, y desenvainándola.) Me abriré paso.

PI. (idem.) Será por encima de mi cuerpo.

RAM. Otro desafío?

SAN. (bajo á Ramirez.) Va á alborotar la casa.

RAM. (idem.) Escápate por la escalera falsa. (Le enseña una puertecita falsa que está al lado del balcon.)

PI. Si, si, es preciso que acabe con esta familia que se encarniza conmigo. (á Sanabria, gritando.) Venga usted, hombre feroz.

RAM. Con un escribano?

PI. Con el demonio que fuera.

RAM. Aquí?

PI. (furioso.) En el infierno: ya no soy un hombre... soy un tigre, un leon que se ha escapado de la jaula!.. Muerte y esterminio!.. Quiero beber su sangre!

SAN. Y yo la tuya!

RAM. (lanzándose como para detenerlos y derribando las luces que se apagan.) Qué desgracia!..

PI. No, soy sordo á todo sentimiento de humanidad. (oscuro, momento de silencio.)

RAM. Dios mio, que noche tan horrorosa!

PI. Ya puede usted encomendarse al cielo.

SAN. y PI. (tirándose cuchilladas y estocadas.) Ah! Ah! Ah! (Ramirez ha colocado delante de él un sillón, y Pi le tira estocadas con encarnizamiento.)

SAN. Ah! Ah!

RAM. Escápate; entra en el cuarto que está al lado del mio... toma un disfraz... el primero que encuentres... para librarte del coronel. (Le empuja, y Sanabria desaparece por la puertecita falsa.)

SAN. (dando un grito.) Oh!

(Desaparece despues de haber tirado la espada. En el mismo momento Ramirez que ha ido retirando el sillón hasta cerca del balcon que está abierto, lo tira por él dando un gran grito.)

RAM. Virgen santísima!

PI. (deteniéndose.) Qué es eso?

RAM. Ese infeliz que ha caído por la ventana... La reja estaba abierta.

PI. Cómo!

RAM. Le ha matado usted.

PI. Yo?

RAM. De siete estocadas.

PI. (queriendo asomarse al balcon.) Es imposible!

RAM. Ah! no mire usted semejante espectáculo! (abrazándose á él para detenerle.) Escuche usted. (haciéndole escuchar.) No se oye ni un grito, ni un jemido.

PI. (escuchando.) Es verdad; reina el mas profundo silencio.

RAM. (cojiéndole la mano y temblando.) Dos homicidios en veinte y cuatro horas!

PI. (temblando y paseándose con agitacion.) Dos!.. Dos!.. Ah!.. Hay hombres que nacen con una estrella fatal, y yo soy uno de ellos; no puedo tocar una espada ó una pistola sin causar una desgracia. Quién me habia de decir ayer mañana?

RAM. Pero, y los catorce desafíos...

PI. Pero... pero... Tanto peor para él... tanto peor, tanto peor; no tengo el menor remordimiento! El otro, si, lo siento, si!.. pero este no... nada. Y mire usted, he llegado á tal punto de exaltacion, que me batiria con toda la tierra; mataria las cuatro partes del mundo! Miserable! Ponerme en este estado!

RAM. Y él?

PI. (tirándose en un sillón.) Estoy muerto, querido.

RAM. Y él?

PI. Querermé arrebatár la mujer de mi eleccion! Que vengan!.. Que vengan esos miserables!

RAM. (escuchando al lado del balcon.) Silencio!

PI. (inquieta.) Qué!.. Qué hay?

RAM. (escuchando y bajando la voz.) Una patrulla que pasa por la calle.

PI. (apenas respirando.) Oh!

RAM. Ya se alejan y se llevan el cadáver... creerán que ha sido un asesinato.

PI. Me siento desfallecer... por mas que esté uno acostumbrado á esta clase de aventuras... sin embargo, dos, una tras otra!

RAM. (descorriendo el cerrojo.) Alguien viene. Sosieguese usted... no vayan á sospechar... está usted tan pálido... si usted se viese en un espejo. (un criado saca un candelabro con luces, y lo deja encima de la mesa.)

PI. (abatido.) Me desmayaria!

ESCENA XI.

Dichos, el CORONEL, CLOTILDE, y algunos jóvenes.

Se ve la galeria del foro alumbrada para el baile.

COR. Por vida de sanes, que la broma es algo pesada: hemos recorrido toda la casa, y el tal escribano no parece.

RAM. (mirando á Pi.) Mucho dudo que se le encuentre.

COR. Pues en alguna parte debe estar; he mandado cerrar todas las puertas, y á no ser que haya saltado por la ventana.

PI. (mirando la ventana.) Por allí es precisamente ..

RAM. Cosa mas particular! (pasa á la izquierda del teatro.)

COR. (que le ha oido.) Estoy muy tranquilo; de mi no se burla nadie, porque tengo la seguridad de saber quien anda en la broma... Ya he tomado mis disposiciones; mañana se casarán ustedes; y mientras tanto, no los perderé de vista, no sea cosa... (reparando en la palidez de Pi.) Qué tiene usted, querido?

RAM. Un mareo!

COR. Jesus qué pálido está!

CLO. (ap.) Y qué feo!

PI. (sentado y con voz débil á Clotilde.) Agradezco el interés que usted se toma por mí... pero despues de tantos combates... y además, lo que he visto en ese contrato.

COR. En el contrato? (va á tomar el contrato. Leyendo con viveza.) «Luis Gonzaga Sanabria.» Sanabria!.. Bribon! Cuando yo lo decia... Ya no me admiro de que ese escribano...

CLO. (bajo al coronel.) Tio!

COR. (sin hacerla caso.) Un loco que á un dos por tres se bate con el primero que se le pone delante; yo soy militar, pero nunca me han gus-

tado esos malas cabezas que estan continuamente con la espada en la mano.
 RAM. (mirando á Pi.) Hum?
 Pi. (estremeciéndose.) Eh?
 COR. (á Pi.) No lo digo por usted; ya sé que es usted el hombre mas pacifico que se conoce.
 Pi. (Pues está enterado el hombre.)
 COR. (mirando á su sobrina.) Sus manos de usted están puras.

RAM. Hum?
 Pi. Cabalmente! (ap. poniéndose vivamente los guantes.) Si supiera lo que han hecho estas desgraciadas.
 COR. (mirando siempre á Clotilde que baja la vista.) Y por eso tengo empeño en que se case usted con mi sobrina...

ESCENA XII.

Dichos, todos los convidados y SANABRIA vestido de mujer, traje elegante, sombrero con velo.

DAM. (en el foro, queriendo hacer pasar á Sanabria.) Pase usted, señora, se lo suplico.

SAN. (fingiendo la voz.) Dios mio! yo no sé lo que me pasa... no esperaba...

CLO. Esa voz!... (Sanabria se levanta, el velo para que Clotilde le conozca, y lo deja caer otra vez.) Es usted?

SAN. No he encontrado otro disfraz. (bajo.)

RAM. (viendo á Sanabria.) Todavía estás aquí?

SAN. (bajo.) Todas las puertas están cerradas, y al bajar la escalera encontré á doña Damiana, y me ha abrumado con sus cumplimientos.

RAM. (ap.) Ya no queda mas que un medio; probemos. (desaparece.)

COR. (á su hermana.) Quién es esta señora?

DAM. No sé.

SAN. Disimule usted, señora; conozco que he venido en mala ocasion, creia encontrar aquí á un pariente mio.

DAM. (al coronel.) Ah! Es la tia de Pi.

COR. (á Pi, que está á un lado meditabundo.) Ah! Ah! Pi.

Pi. (levantando la cabeza.) Qué hay?

DAM. Su tia de usted.

Pi. Mi tia! Bendito sea Dios! Ya se acabaron los obstáculos. (acercándose á Sanabria; éste levanta el velo de su sombrero.) Al fin, querida tia... (le mira y retrocede dando un grito ahogado.) Ah!

TODOS. (asustados.) Qué es eso?

Pi. (aterrado.) Qué espanto!

DAM. Qué dice usted?

COR. Es ese el modo de tratar á una señora?

SAN. (que ha mirado.) No está señor; es á mi hermano Fernando á quien vengo á buscar! (llamando.) Fernando...

Pi. (sin dejar de mirarle.) Otra vez esa horrible cara!

DAM. Señor de Pi?

Pi. Estoy helado, petrificado, estoy hecho una cariatide, (balbuceando y mirando á Sanabria.)

Y si usted se hallara en mi lugar, es decir, si usted supiera, porque al fin no, no puede ser, y sin embargo...

DAM. Ay Dios mio! qué modo de hablar! Si le habrá dado algo.

COR. No hay duda, está tocado de la cabeza.

Pi. No por cierto, en mi cabal juicio, no es en la

cabeza donde está mi mal. (al coronel.) Mire-

la usted. (á doña Damiana.) Mirela usted.

COR. (mirando á Sanabria.) Ah!

DAM. Cómo se parece!

COR. A Sanabria!

DAM. Al escribano!

Pi. A los dos.

SAN. (al coronel, con voz meliflua.) No es usted el primero á quien ha sorprendido mi extraordinaria semejanza con mis dos hermanos.

Pi. Sus dos hermanos!

SAN. Luis Sanabria, capitán de caballeria, y Fernando Sanabria, el escribano que acaba de establecerse en este pais.

COR. Ah! Conque usted es hermana del capitán Sanabria?

Pi. (Sanabria, Sanabria, es la familia de Agamenon que no se acaba nunca.)

SAN. Habiendo quedado viuda, he frecuentado poco la sociedad y he vivido retirada; no me queda mas consuelo que mis hermanos, y vengo á reunirme con el mas joven... con Fernando.

Me han dicho que me encontraria aqui. (llamando, y buscando con la vista.) Fernando!

Pi. (Ya escampa! Para alivio de penas se me aparece ahora la hermanita.) Se ha marchado.

DAM. Si, no sabemos...

Pi. (Estoy en ascuas.)

DAM. Puede que haya ido á buscar á usted.

SAN. En ese caso, ustedes me disimularán que haya venido á interrumpirles; me retiro.

COR. Nada de eso, señora; tendremos mucho gusto en que usted nos favorezca.

DAM. Si, dice bien mi hermano; quédese usted.

SAN. (No habrá medio de escapar.) Lo agradezco mucho. (señalando á Pi.) Si el señor tuviese la bondad de acompañarme; voy á buscar á mi hermano que me estará esperando en su casa.

Pi. (Su hermano! Ahora va á descubrirme!) (alto y con mucho afán.) Oh! yo no puedo permitir que usted se vaya; una señora tan amablemente...

amable... es un adorno que debe... adornar... pues... las gracias... en todo tiempo son gracias. (Sus ojos me desgarran el alma.)

No me separo de usted y bailaremos un rigodón. (dando el brazo á Sanabria, y haciéndole agarrar á pesar de la resistencia que hace.)

Vamos, querido tio, á que empiece el baile. Dé usted la mano á la novia.

CLO. (Qué suplicio!)

COR. Señores, á bailar.

ESCENA XIII.

Dichos, RAMIREZ seguido de dos alguaciles.

RAM. (con gravedad.) Deténganse ustedes.

TODOS. La justicia?

COR. (viendo á Ramirez y los dos alguaciles.) Qué significa esto?

DAM. Es mi sobrino!

CLO. (Qué susto me llevé!)

SAN. Respiro.

COR. Vaya una entrada solemne!

RAM. (con el pañuelo en la mano, y hablando muy pausadamente y con gravedad.) Disimulen ustedes, señoras, y usted, querido tio, si me ve obligado, mal de mi grado, á cumplir con un deber penoso. (á los alguaciles.) Que nadie salga.

Pi. (algo inquieto.) Qué tendrá? Esa voz sepulcral...

COR. Vaya, sobrino, déjate de bromas; me parece que mi presencia...

RAM. Yo respeto la autoridad militar; pero, tío mio, *cedant arma togæ...* la ley antes que la cortesania.

COR. Pero...

RAM. Como órgano del ministerio público, vengo á vengar la sociedad...

PI. (*mirando á su alrededor.*) Pues quién la ha ofendido?

RAM. Silencio! Acabo de recibir una querrela contra el señor don Francisco de Borja Pi.

PI. Contra mi!

TODOS. Contra él!

RAM. Acusado de dos homicidios voluntarios.

TODOS. Dos homicidios!

RAM. (*continuando.*) En las personas de los hermanos Sanabria.

TODOS. Sanabria!

PI. Permitame usted...

RAM. (*continuando.*) El primero, don Luis Sanabria, muerto ayer en un desafio con pistola.

SAN. (*fingiendo gran dolor.*) Cielos!

RAM. (*continuando.*) El segundo, Fernando Sanabria, muerto hace una hora, en un desafio con sable.

SAN. (*gritando mas fuerte.*) Ay Dios mio! Pobres hermanitos de mi alma!

RAM. (*Ponte malo, y lárgate.*)

SAN. Triste de mi!.. Yo me ahogo... yo me muero! (*vacila, y finge ponerse malo. Todos le rodean.*)

COR. Se pone mala.

RAM. Socórranla ustedes. (*le sostienen y se le llevan por una puerta lateral; Sanabria desaparece dando agudos gritos.*)

DAM. (*agitada.*) Qué escándalo.

COR. (*á Pi.*) Y yo que celebraba su moderacion de usted.

PI. (*acercándose á uno y otro.*) Aseguro... juro á usted...

COR. (*separándose.*) Calle usted.

PI. Señora...

DAM. (*apartándose.*) No se acerque usted.

CLO. (*pasando al otro lado del coronel*) Apártese usted.

PI. (*exasperado.*) Eso es, abrímenme ustedes, písenme ustedes, escúpanme ustedes; yo no me quejaré, porque las apariencias les engañan. (*señalando á Ramirez.*) Pero el señor, ese falso amigo, ese hombre de dos caras...

RAM. (*ofendido.*) Usted insulta á la justicia.

PI. (*fuera de si.*) Y á mi qué me importa la justicia?.. Usted ha cometido una traicion infame: me persigue usted despues de haberme aconsejado, y aun instado, á que me batiera.

RAM. (*con sangre fria.*) Como caballero debí aconsejar á usted que vengára su honor; como magistrado, debo castigar el crimen, y herir al tigre sediento de sangre. (*Pi hace un movimiento.*) Son palabras de la querrela.

PI. (*fuera de si.*) Pues como caballero, y como magistrado, ya me está usted cargando.

RAM. No me obligue usted á recurrir á la fuerza armada.

PI. (*furioso.*) Esto ya no tiene aguante, y aun cuando tuviera que inmolar otra victima! (*se lanza á Ramirez; todos le detienen.*)

COR. Caballero!

CLO. (*que ha hablado bajo con su madre*) Ah! mamá!

DAM. Tranquilízate, hija mia; un hombre tan perverso...

PI. Bueno! Ahora soy perverso.

COR. (*furioso.*) Y depravado. Privarme de Sanabria, el mejor oficial de mi rejimiento... Oh! y estoy seguro de que se habrá usted valido de alguna traicion... porque de otro modo, cómo era posible?... Ah! cuando me acuerdo de que por usted le negué la mano de mi sobrina!..

PI. (*acalorándose.*) Hizo usted muy bien, porque era un loco, un calavera, como usted ha dicho.

COR. Era un muchacho de talento y valiente.

PI. Eso es; despues del asno muerto la cebada al rabo.

COR. Ojalá viviera todavia! Si fuera posible hacerle resucitar, le juro á usted que nadie mas que él se casaria con Clotilde.

ESCENA XIV.

Dichos, SANABRIA, en traje de hombre se ha ido colocando detrás de todos sin que nadie le viera.

SAN. (*cogiendo la mano del coronel y con alegría.*) Le cojo á usted la palabra, mi coronel! He ganado.

PI. (*gritando.*) Todavía!

COR. CLO. y RAM. Sanabria!

DAM. No! Es el escribano.

PI. (*de lejos.*) Tampoco. Es la hermana vestida de hombre.

COR. Es él...

PI. Cuidado, coronel: mire usted que no es él, ni ella, ni ellos... mire usted que todavia se está burlando de nosotros.

COR. (*abrazándole.*) Ven á mis brazos, buena pieza; bien puedes alegrarte de que te hayan enviado al otro mundo.

SAN. No está usted enfadado conmigo?

COR. No por cierto; estoy muy contento, y no retiro mi palabra.

DAM. Ni Clotilde tampoco.

PI. Es decir, que yo me quedo á la luna de Valencia, despues de tanta pendencia y despues de tanto enredo? Pues ya sufrirlo no puedo, y aunque concluya en tragedia, mañana, á las siete y media, emplazo á todos ustedes; vengan aqui sus mercedes verán... la misma comedia.

FIN.

JUNTA DE CENSURA DE LOS TEATROS DEL REINO.—*Es copia del original censurado.*

Madrid, 1850.

IMPRESA DE VICENTE DE LALAMA,

calle del Duque de Alba, núm. 13.

Cor. Vaya, sobriano déjale de bromas, me pare-
ce que mi presencia...
Ram. Yo respeto la autoridad militar; pero lo
mío, es una ley... la ley antes que la
corrosión.
Cor. Voto...
Ram. Como órgano del ministerio público, tengo
el deber de acusar...
Pr. (mirando a su alrededor.) Pues quién le ha
dicho eso?
Ram. Siéntese. Acabo de recibir una querrelita
contra el señor don Francisco de Borja Pi-
ñero.
Pr. Contra mí?
Ram. Contra él. (Señalando a don Francisco de Borja Pi-
ñero.) Acusado de dos homicidios voluntarios.
Ram. Dos homicidios...
Ram. (continuando.) En las personas de los per-
sonajes...
Pr. Permítame usted...
Ram. (continuando.) El primero, don Luis Sa-
nabria, muerto ayer en un desahío con pi-
ñero.
Ram. (señalando gran dolor.) ¡Cielos!
Ram. (continuando.) El segundo, Fernando San-
abria, muerto hace una hora, en un desahío con
piñero.
Ram. (gritando muy fuerte.) ¡Ay Dios mío! ¿Por qué
homicidios de mi alma?
Ram. (Punto malo y largo.)
Ram. Fíjese bien, yo me niego, yo me niego.
Cor. (vuelo, y fuga contra el viento.)
Ram. Se pone mala...
Ram. Socorranis ustedes (le sostiene y se le tie-
nen por una parte lateral.)
Ram. (agitado.) Que escúdenlo...
Cor. (a Pi.) Yo que celebraba su moderación...
Pr. (separándose.) Vaya y otro.) Aseguro... juro a
usted...
Cor. (separándose.) ¡Balle usted!
Pr. (separándose.) No se acerque usted.
Cor. (pasando al otro lado del coronel.) ¡Apártese
usted!
Pr. (separándose.) Eso es, apártense ustedes,
pístanse ustedes escapanamente ustedes; yo no
me quejare, porque las apariciones les enga-
nan. (señalando a Ramiro.) Pero el señor, ese
tal es amigo, ese hombre de las caras...
Ram. (ofendido.) Usted insulta a la justicia.
Pr. (fuerza de ser.) Y a mí que me importa la justi-
cia? Usted ha cometido una traición infame.
me persigue usted después de haberme acor-
sado, y aun insultado, a que me batiera.
Ram. (con sangre fría.) Como caballero debí acor-
sarle a usted que vengara su honor; como ma-
jistrado, debo castigar el crimen; y heir al
ligre sediento de sangre. (Piñero se mueve.)
Ram. (señalando a Piñero.) Son palabras de la querrelita.
Pr. (fuerza de ser.) Pues como caballero, y como
magistrado, ya me está usted cargando.
Ram. No me obligue usted a recurrir a la fuerza
armada.
Pr. (fuerza de ser.) Esto ya no tiene suavidad, y aun
cuando tuviera que inmolarse otra víctima (se
lanza a Ramiro, todos se detienen.)
Cor. Caballero!

ESCENA XIV

Dichos SANABRIA, en trago de hombre se ha ido co-
locando detrás de todos sin que nadie le viera.
San. (copiando la mano del coronel y con alegría.)
Le dije a usted la palabra, mi coronel! He
ganado.
Pr. (gritando.) ¡Tormenta!
Cor. (a Ram.) ¡Sanabria!
Ram. (a Pi.) ¡Sanabria!
Pr. (de lejos.) ¡Sanabria! La hermosa vestida
de hombre.
Cor. (a Pi.) ¿Es usted el hombre que me
dijo que usted coronel? ¡Mire usted que no es él, ni
ella, ni ellos... mire usted que todavía se es-
ta hablando de nosotros.
Cor. (separándose.) Ven a mis brazos, tuena piza;
bien puedes alegrarte de que te hayan envia-
do al otro mundo.
San. No está usted enlazado conmigo?
Cor. No por cierto, estoy muy contento, y no re-
tiro ni palabra.
Ram. Ni Clotilde tampoco.
Pr. Es decir, que yo me quedo
a la luz de Valencia.
después de tanta perdición
y después de tanto sufrimiento.
Pues ya sufrirlo no puedo.
y aunque concluya en tragedia,
mañana a las siete y media
empieza a todos ustedes.
vengan aquí sus mercedes
verán... la misma comedia.

JUNTA DE CENSURA DE LOS TEATROS
DEL REINO.—Es copia del original censurado.

1850

IMPRESA DE VICENTE DE LAJANA, Y A.
Calle del Páramo de Atocha, número 12.

Cor. Vaya, sobriano déjale de bromas, me pare-
ce que mi presencia...
Ram. Yo respeto la autoridad militar; pero lo
mío, es una ley... la ley antes que la
corrosión.
Cor. Voto...
Ram. Como órgano del ministerio público, tengo
el deber de acusar...
Pr. (mirando a su alrededor.) Pues quién le ha
dicho eso?
Ram. Siéntese. Acabo de recibir una querrelita
contra el señor don Francisco de Borja Pi-
ñero.
Pr. Contra mí?
Ram. Contra él. (Señalando a don Francisco de Borja Pi-
ñero.) Acusado de dos homicidios voluntarios.
Ram. Dos homicidios...
Ram. (continuando.) En las personas de los per-
sonajes...
Pr. Permítame usted...
Ram. (continuando.) El primero, don Luis Sa-
nabria, muerto ayer en un desahío con pi-
ñero.
Ram. (señalando gran dolor.) ¡Cielos!
Ram. (continuando.) El segundo, Fernando San-
abria, muerto hace una hora, en un desahío con
piñero.
Ram. (gritando muy fuerte.) ¡Ay Dios mío! ¿Por qué
homicidios de mi alma?
Ram. (Punto malo y largo.)
Ram. Fíjese bien, yo me niego, yo me niego.
Cor. (vuelo, y fuga contra el viento.)
Ram. Se pone mala...
Ram. Socorranis ustedes (le sostiene y se le tie-
nen por una parte lateral.)
Ram. (agitado.) Que escúdenlo...
Cor. (a Pi.) Yo que celebraba su moderación...
Pr. (separándose.) Vaya y otro.) Aseguro... juro a
usted...
Cor. (separándose.) ¡Balle usted!
Pr. (separándose.) No se acerque usted.
Cor. (pasando al otro lado del coronel.) ¡Apártese
usted!
Pr. (separándose.) Eso es, apártense ustedes,
pístanse ustedes escapanamente ustedes; yo no
me quejare, porque las apariciones les enga-
nan. (señalando a Ramiro.) Pero el señor, ese
tal es amigo, ese hombre de las caras...
Ram. (ofendido.) Usted insulta a la justicia.
Pr. (fuerza de ser.) Y a mí que me importa la justi-
cia? Usted ha cometido una traición infame.
me persigue usted después de haberme acor-
sado, y aun insultado, a que me batiera.
Ram. (con sangre fría.) Como caballero debí acor-
sarle a usted que vengara su honor; como ma-
jistrado, debo castigar el crimen; y heir al
ligre sediento de sangre. (Piñero se mueve.)
Ram. (señalando a Piñero.) Son palabras de la querrelita.
Pr. (fuerza de ser.) Pues como caballero, y como
magistrado, ya me está usted cargando.
Ram. No me obligue usted a recurrir a la fuerza
armada.
Pr. (fuerza de ser.) Esto ya no tiene suavidad, y aun
cuando tuviera que inmolarse otra víctima (se
lanza a Ramiro, todos se detienen.)
Cor. Caballero!

Los cabezudos ó dos siglos des-
pues, t. 1. 2 7
La Calumnia, t. 5. 3 6
-Castellana de Laval, t. 3. 2 9
-Cruz de Malta, t. 5. 2 8
-Cabeza á pájaros, t. 1. 2 5
-Cruz de Santiago ó el magne-
tismo, t. 3. a. y p. 2 8
Los Contrastes, t. 1. 2 5
La conciencia sobre todo, t. 3. 2 4
-Cocinera casada, t. 1. 3 4
Las camaristas de la Reina, t. 1. 7 6
La corona de Ferrara, t. 5. 5 7
Las Colegiales de Saint-Cyr, t. 5 2 7
La cantinera, o. 1. 1 6
-Cruz de la torre blanca, o. 3. 1 5
-Conquista de Murcia por don
Jaime de Aragon, o. 3. 2 11
-Calderona, o. 5. 3 8
-Condesa de Sencccy, t. 3. 5 4
-Caza del Rey, t. 1. 2 6
-Capilla de San Magin, o. 4. 5 4
-Cadena del crimen, t. 5. 5 9
-Campanilla del diablo, t. 4 y p.
Mágia. 5 15
Los celos, t. 3. 3 5
Las cartas del Conde-duque, t. 2 4 7
La cuenta del Zapatero, t. 1. 2 6
-Casa en rifa, t. 1. 2 3
-Doble caza, t. 1. 2 6
Los dos Foscari, o. 5. 1 11
La dicha por un anillo, y mági-
co rey de Lidia, o. 3. Mágia. 4 9
Los desposorios de Inés, o. 3. 5 5
-Dos cerrajeros, t. 5. 2 22
Las dos hermanas, t. 2. 3 5
Las dos ladrones, t. 1. 1 5
Dos rivales, o. 3. 2 9
Las desgracias de la dicha, t. 2. 3 8
Dos emperatrices, t. 3. 3 8
Los dos ángeles guardianes, t. 1. 1 3
Los maridos, t. 1. 5 3
La Dama en el guarda-ropa, o. 1 2 4
Los dos condes, o. 3. 2 6
La esclava de su deber, o. 3. 2 3
-Fortuna en el trabajo, o. 3. 2 7
Los falsificadores, t. 3. 5 8
La feria de Ronda, o. 1 2 8
-Felicidad en la locura, t. 1 1 5
-Favorita, t. 4. 5 10
-Fineza en el querer, o. 3. 1 5
Las ferias de Madrid, o. 6 c. 9 14
Los Fueros de Cataluña, o. 4. 2 14
La guerra de las mugeres, t. 10 c. 6 18
-Gaceta de los tribunales, t. 1. 3 4
-Gloria de la muger, o. 3. 2 4
-Hija de Cromuel, t. 1. 2 5
-Hija de un bandido, t. 1. 1 4
-Hija de mi tío, t. 2. 5 2
-Hermana del soldado, t. 5. 2 9
-Hermana del carretero, t. 5. 2 10
Las huérfanas de Amberes, t. 5 2 10
La hija del regente, t. 5. 3 15
Las hijas del Cid ó los infantes
de Carrion, o. 3. 2 9
La hija del prisionero, t. 5. 6 16
-Herencia de un trono, t. 5. 2 11
Los hijos del tío Tronera, o. 1. 3 3
-Hijos de Pedro el grande, t. 5. 3 13
La honra de mi madre, t. 3. 3 5
-Hija del abogado, t. 2. 2 5
-Hora de centinela, t. 1. 2 8
-Herencia de un valiente, t. 2. 1 4
Los intrigas de una corte, t. 5. 4 7
La ilusion ministerial, o. 3. 5 9
-Jover y el zapatero, o. 1. 2 3
-Juventud del emperador Car-
los V, t. 2. 2 5
-Jorobada, t. 1. 1 5
-Ley del embudo, o. 1. 4 4
-Limosna y el perdon, o. 1. 2 6
-Loca, t. 1. 5 4
-Loca, ó el castillo de las siete
torres, t. 5. 2 11
-Muger eléctrica, t. 1. 2 3
-Modista alferéz, t. 2. 3 6
-Mano de Dios, o. 3. 2 7
-Moza de meson, o. 3. 5 12
-Madre y el niño siguen bien,
t. 1. 2 6
-Marquesa de Seneterre, t. 5. 3 3
Los malos consejos, ó en el pe-
cado la penitencia, t. 3. 2 9
La muger de un proscrito, t. 5. 5 6
Los mosqueteros de la reina, t. 3. 5 8
La mano derecha y la mano iz-
quierda, t. 4. 5 11

Los misterios de Paris, primera
parte, t. 6 c. 6 14
Ídem segunda parte, t. 5 c. 8 16
Los Mosqueteros, t. 6 c. 2 14
La marquesa de Savannes, t. 3. 2 5
-Mendiga, t. 4. 6 8
-noche de S. Bartolomé de 1572,
t. 5. 2 11
-Opera y el sermon, t. 2. 5 6
-Pomada prodigiosa, t. 1. 2 2
Los pecados capitales. Mágia, o. 4 9 9
-Percances de un carlista, o. 1. 3 9
-Penitentes blancos, t. 2. 5 3
La paga de Navidad, zarz. o. 1. 5 15
-Penitencia en el pecado, t. 3. 5 6
-Posada de la Madona, t. 4. y p. 4 9
Lo primero es lo primero, t. 5. 2 5
La pupila y la péndola, t. 1. 2 6
-Prolegida sin saberlo, t. 2. 1 6
Los pasteles de Maria Michon, t. 2 1 7
-Prusianos en la Lorena, ó la
honra de una madre, t. 5. 2 7
La Posada de Currillo, o. 1. 2 3
-Perla sevillana, o. 1. 5 3
-Primer escapatoria, t. 2. 2 4
-Prueba de amor fraternal, t. 2 3 3
-Pena del talion ó venganza de
un marido, o. 5. 3 5
-Quinta de Verneuil, t. 5. 4 10
-Quinta en venta, o. 5. 1 5
Lo que se tiene y lo que se pierde,
t. 1. 3 4
Lo que está de Dios, t. 3. 5 6
La Reina Sibila, o. 5. 2 6
-Reina Margarita, t. 6 c. 7 17
-Rueda del coquetismo, o. 3. 2 4
-Roca encantada, o. 4. 2 6
Los reyes magros, o. 1. 5 8
La Rama de encina, t. 5. 2 10
-Saboyana ó la gracia de Dios,
t. 4. 4 8
-Selva del diablo, t. 4. 1 15
-Serenata, t. 1. 3 5
-Sesentona y la colegiala, o. 1. 5 4
-Sombra de un amante, t. 1. 2 5
Los soldados del rey de Roma, t. 2 2 7
-Templarios, ó la encomienda
de Avignon, t. 3. 2 8
La taza rota, t. 1. 1 14
-Tercera dama-duende, t. 3. 2 5
-Toca azul, t. 1. 2 11
Los Trabucaires, o. 5. 3 7
-Últimos amores, t. 2. 6 15
La Vida por partida doble, t. 1. 3 2
-Viuda de 15 años, t. 1. 5 5
-Victima de una vision, t. 1. 3 2
-Viva y la difunta, t. 1. 4 5
Mauricio ó la favorita, t. 2. 2 5
Mas vale tarde que nunca, t. 1. 2 4
Muerto civilmente, t. 1. 2 3
Memorias de dos jóvenes casadas,
t. 1. 1 5
Mi vida por su dicha, t. 3. 5 5
Maria Juana, ó las consecuencias
de un vicio, t. 5. 5 8
Martin y Bamboche ó los amigos
de la infancia, t. 9 c. 4 12
Mateo el veterano, o. 2. 2 7
Marco Tempesta, t. 3. 2 5
Maria de Inglaterra, t. 3. 2 11
Margarita de York, t. 5. 3 11
Maria Remont, t. 3. 4 7
Mauricio, ó el médico generoso,
t. 2. 3 4
Mali, ó la insurreccion, o. 5. 4 10
Monge Seglar, o. 5. 3 7
Miguel Angel, t. 5. 2 11
Megani, t. 2. 2 6
Maria Calderon, o. 4. 2 8
Mariana la vivandera, t. 5. 3 9
Misterios de bastidores, segunda
parte, zarz. 1. 5 15
Música y versos, ó la casa de
huéspedes, o. 1. 3 7
Mallorca cristiana, por don Jai-
me I de Aragon, o. 4. 1 12
Maruja, t. 1. 2 4
Ni ella es ella ni él es él, ó el ca-
pitan Mendoza, t. 2. 4 4
No ha de tocarse á la Reina, t. 3. 2 5
Nuestra Sra. de los Avismos, ó el
castillo de Villemeuse, t. 5. 3 7
Nunca el crimen queda oculto á
la justicia de Dios, t. 6 c. 4 8
Noche y dia de aventuras, ó los
galanes duendes, o. 5. 4 11

No hay miel sin hiel, o. 5. 3 5
No mas comedias, o. 3. 3 5
No es oro cuanto reluce, o. 3. 5 7
No hay mal que por bien no ven-
ga, o. 1. 5 4
Ni por esas!! o. 3. 5 4
Ni tanto ni tan poco, t. 3. 4 4
Ojo y nariz!! o. 1. 1 3
Olimpia, ó las pasiones, o. 3. 2 8
Otra noche toledana, ó un caba-
llero y una señora, t. 1. 1 1
Percances de la vida, t. 1. 2 4
Perder y ganar un trono, t. 1. 2 3
Paraguas y sombrillas, o. 1. 5 12
Perder el tiempo, o. 1. 2 4
Perder fortuna y privanza, o. 3. 2 5
Pobreza no es vileza, o. 4. 3 11
Pedro el negro, ó los bandidos de
la Lorena, t. 5. 2 10
Por no escribirle las señas, t. 1. 3 3
Perder ganando ó la batalla de
damas, t. 5. 2 5
Por tener un mismo nombre, o. 1 2 4
Por tenerle compasion, t. 1. 3 2
Por quinientos florines, t. 1. 5 4
Papeles, cartas y enredos, t. 2. 2 8
Por ocultar un delito aparecer
criminal, o. 2. 3 4
Percances matrimoniales, o. 3. 3 3
Por casarse! t. 1. 2 3
Pero Grullo, zarz. o. 2. 2 6
Por camino de hierro! o. 1. 3 7
Por amar perder un trono, o. 3. 3 6
Pecado y penitencia, t. 5. 5 4
Pérdida y hallazgo, o. 1. 2 8
Por un saludo! t. 1. 1 2
Quién será su padre? t. 2. 2 5
Quién verá el último? t. 1. 1 1
Querer como no es costumbre, o. 4. 5 5
Quién piensa mal, mal acierta,
o. 3. 5 5
Quién á hierro mata... o. 1. 2 6
Reinar contra su gusto, t. 3. 2 4
Rabia de amor!! t. 1. 3 3
Roberto Hobart, ó el verdugo del
rey, o. 3 a. y p. 3 6
Ruel, defensor de los derechos
del pueblo, t. 5. 3 2
Ricardo el negociante, t. 3. 5 5
Recuerdos del dos de mayo, ó el
ciego de Ceclavin, o. 1. 4 5
Rita la española, t. 4. 1 3
Ruy Lope-Dábolos, o. 3. 2 5
Ricardo y Carlina, o. 3. 2 10
Romanelli, ó por amar perder la
honra, t. 4. 2 3
Si acabarán los enredos? o. 2. 3 4
Sin empleo y sin muger, o. 1. 2 3
Santi boniti barati, o. 1. 2 4
Ser amada por si misma, t. 1. 1 3
Siliat y vencer, ó un dia en el
Escorial, o. 1. 3 4
Sobresaltos y congojas, o. 5. 3 11
Seis cabezas en un sombrero,
t. 1. 2 5
Tom-Pus, ó el marido confiado,
t. 1. 3 4
Tanto por tanto, ó la capa roja,
o. 1. 4 10
Trapiondas por bondad, t. 1. 1 5
Todos son raptos, zarz. o. 1. 3 3
Tia y sobrina, o. 1. 3 4
Vencer su eterna desdicha ó un
caso de conciencia, t. 3. 2 5
Valentina Valentona, o. 4. 2 7
Vicente de Paul, ó los huérfanos
del puente de Nuestra Señora,
t. 5. a. y p. 4 11
Un buen marido! t. 1. 1 3
Un cuarto con dos camas, t. 1. 2 2
Un Juan Lanaz, t. 1. 2 8
Una cabeza de ministro, t. 1. 2 5
Una Noche á la intemperie, t. 1. 1 1
Un bravo como hay muchos, t. 1. 1 3
Un Diablillo con faldas, t. 1. 1 2
Un Pariente millonario, t. 2. 3 6
Un Avaro, t. 2. 2 4
Un Casamiento con la mano iz-
quierda, t. 2. 2 4

Un padre para mi amigo, t. 2. 2 4
Una broma pesada, t. 2. 3 5
Un mosquetero de Luis XIII,
t. 2. 2 5
Undia de libertad, t. 3. 7 4
Uno de tantos bribones, t. 5. 9 5
Una cura por homeopatía, t. 3. 5 4
Un casamiento á son de caja, ó
las dos vivanderas, t. 3. 5 8
Un error de ortografía, o. 1. 2 3
Una conspiracion, o. 1. 1 5
Un casamiento por poder, o. 1. 3 3
Una actriz improvisada, o. 1. 2 3
Un tío como otro cualquiera,
o. 1. 2 4
Un motin contra Esquilache,
o. 3. 2 9
Un corazon maternal, t. 5. 2 5
Una noche en Venecia, o. 4. 2 12
Un viaje á América, t. 3. 2 8
Un hijo en busca de padre, t. 2. 5 5
Una estocada, t. 2. 2 6
Un matrimonio al vapor, o. 1. 2 4
Un soldado de Napoleon, t. 2. 5 4
Un casamiento provisional, t. 1. 3 4
Una audiencia secreta, t. 5. 2 9
Un quinto y un párbulo, t. 1. 2 5
Un mal padre, t. 5. 4 4
Un rival, t. 1. 1 4
Un marido por el amor de Dios
t. 1. 2 3
Un amante aborrecido, t. 2. 2 5
Una intriga de modistas, t. 1. 8 2
Una mala noche pronto se pasa,
t. 1. 2 1
Un imposible de amor, o. 5. 5 5
Una noche de enredos, o. 1. 2 3
Un marido duplicado, o. 1. 3 4
Una causa criminal, t. 5. 6 6
Una Reina y su favorito, t. 5. 3 16
Un rapto, t. 3. 1 11
Una encomienda, o. 2. 2 5
Una romántica, o. 1. 3 3
Un Angel en las boardillas, t. 1. 1 3
Un enlace desigual, o. 5. 4 5
Una dicha merecida, o. 1. 1 4
Una crisis ministerial, t. 1. 2 13
Una Noche de Máscaras, o. 5. 4 7
Un insulto personal ó los dos co-
bardes, o. 1. 2 4
Un desengaño á mi edad, o. 1. 2 4
Un Poeta, t. 1. 2 5
Un hombre de bien, t. 2. 6 6
Una deuda sagrada, t. 1. 1 4
Una preocupacion, o. 4. 3 6
Un embuste y una boda, zarz. o. 2 3 5
Un tío en las Californias, t. 1. 2 5
Una tarde en Ocaña ó el reser-
vado por fuerza, t. 5. 2 6
Un cambio de parentesco, o. 1. 3 2
Una sospecha, t. 1. 2 3
Un abuelo de cien años y otro de
diez y seis, o. 1. 3 4
Un héroe del Acapies (parodia de
un hombre de Estado) o. 1. 2 6
Un Caballero y una señora, t. 1. 1 1
Una cadena, t. 5. 2 8
Una Noche deliciosa, t. 1. 2 2
Yo por vos y vos por otro! o. 5. 4 5
Ya no me caso, o. 1. 1 5

ADVERTENCIAS.

La primera casilla manifiesta las mugeres que cada comedia tiene, y la segunda los Hombres. Las letras O y T que acompañan á cada titulo, significan si es original ó traducida. En la presente lista están incluidas las comedias que pertenecieron á don Ignacio Boix y don Joaquin Merás, que en los repertorios Nueva Galeria y Museo Dramático se publicaron: cuya propiedad adquirió el señor Lalama. Se venden en Madrid, en las librerías de PEREZ, calle de las Carretas; CUESTA calle Mayor. En Provincias, en casa de sus Corresponsales.

MADRID: 185 .

IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA, Calle del Duque de Alba, n. 13.

Continúa la lista inserta en las páginas anteriores.

Andese usted con broma s. t. 1.	3	3	Fé, esperanza y Caridad, t. 3.	3	8	Maria Rosa, t. 3 y pról.	5	10
Atcuartel desde el convento, t. 3	6	9				Marido tonto y muger bonita, t. 1	2	5
Aranjuez, Tembleque y Madrid, t. 3.	5	15				Mas es el ruido que las nueces, t. 1.	1	2
			Hablar por boca de ganso, o. 1.	2	2			
Bodas por ferro-carril, t. 1.	2	3				Narcisito, o. 1.	1	4
			Juan el cochero, t. 6 c.	2	8			
			Jocó, ó el orang-utan, t. 2,	1	5			
						O la pava y yo, ó ni yo ni la pava, t. 1.	2	5
Consecuencias de un peinado, t. 3	4	8						
Cuento de no acabar, t. 1.	2	2	Los calzones de Trafalgar, t. 1.	2	2	Papeles cantan, o. 3.	3	4
Cada loco con su tema, o. 1.	1	3	La infanta Oriana, o. 3 magia.	3	15	Pedro el marino, t. 1.	2	3
46 mugeres para un hombre, t. 1.	4	3	La pluma azul, t. 1.	3	6	Por un retrato, t. 1.	2	3
Conspirar contra su padre, t. 5.	4	3	La batelera, zarz. 1.	1	2	Pugar con favor agraviado, o. 4.	2	6
Claudia, t. 5			La dama del oso, o. 3.	1	2	Paulo el romano, o. 1.		
Carlos y María, ó luchas del bien y del mal, magia, t. 5.			La rueda y el canamazo, t. 2.	5	6			
Celos maternos, t. 2,	3	5	Los amantes de Rosario, o. 1.	4	2			
			Los votos de D. Trifon, o. 1.	2	3			
			La hija de su yerno, t. 1.	3	3			
			La cabaña de Tom, ó la esclavitud de los negros, o. 6 c.	5	15			
Dcs familias rivales, t. 3.	2	8	La novia de encargo, o. 1.	2	3			
Don Ruperto Culebrin, comedia zarz., o. 2.	4	12	La cámara roja, t. 3 a. y 4 pról.	2	10			
D. Luis Osorio, ó vivir por arte del diablo, o. 3.	5	20	La venta del Puerto, ó Juanillo el contrabandista, zarz. 1.	2	10			
			La suegra y el amigo, o. 3.	3	5			
			Luc'as de amor y deber, ó una venganza frustrada, o. 3.	2	8	Ricardo III, (segunda parte de los Hijos de Eduardo) t. 5.	4	12
			Las obras del demonio, t. 3 y pr.	3	9			
			La maldicion ó la noche del crimen, t. 3 y pról.	4	5			
			La cabeza de Martín, t. 1.	2	4			
El diablo alcalde, o. 1.	1	4	Lisbet, ó la hija del labrador, t. 3	6	11			
El espantajo, t. 1.	2	2	Las ruinas de Babilonia, o. 4.	2	14	Sara la criolla, t. 5.	3	7
El marido calavera, o. 3.	2	5	Los jueces francos ó los invisibles, t. 1.	2	14	Subir como la espuma, t. 3.	4	8
El camino mas corto, o. 1.	2	2	Llueven cuchilladas ó el capitán Juan Centellas, r. 3.	5	15	Simon el veterano, t. 4 pról.	5	10
El quince de mayo, zarz. o. 1.	3	5	Los cosacos, t. 5.	2	9			
Economias, t. 1.	4	3	La procesion del niño perdido t. 1	5	14			
El cuello de una camisa, o. 3.	3	7	La plegaria de los naufragos, t. 5	5	6			
El biolon del diablo, o. 1.	2	3	La venganza en la locura, t. 3.	5	10			
El amor por los balcones, zar. 1.	2	3	La posada de la cabeza negra, t. 5					
El marido desocupado, t. 1.	3	2	La fatal semejanza, t. 5.					
El honor de la casa, t. 5.	3	7	La hija de la favorita, t. 3.	2	8	Tres pájaros en una jaula, t. 1	2	3
Elena, o. 5	4	11	La azucena, o. 1.	2	8			
El verdugo de los calaveras, t. 3.	3	7	La mestiza, ó Jacobo el corsario, t. 4.	1	9			
El peluquero del Emperador, t. 5.	2	8	Los muebles de Tomasa, t. 1.	1	9	Una mujer cual no hay dos, o. 1	1	3
El castillo de los espectros, t. 3.	3	8		2	5	Una suegra, o. 1.	3	3
El cielo y el infierno, magia, t. 5	3	8				Un hombre célebre, t. 3.	3	4
El secreto de un soldado, t. 3.	3	8				Una camisa sin cuello, o. 1.	3	4
El noble y el plebeyo, t. 3.	3	8				Un amor insoportable, t. 4.	2	3
El rei no de las Hadas, magia, t. 4	3	8				Un ente susceptible, t. 1.	2	4
El castillo de Penhoel ó los anales de familia, t. 5.	3	8				Una tarde aprovechada, o. 4.	1	3
El yerno de las espinacas, t. 1.	3	4				Un suicidio, o. 1.	2	3
						Un viejo verde, t. 1.	1	2
						Un hombre de Lavapies en 1808, o. 3.	2	10
						Un soldado voluntario, t. 3.	4	7
						Urbano Grandier, t. 5.		

Zarzuelas con música, propiedad de la Biblioteca.

Geroma la castañera, o. 1.	1	4
El biolon del diablo, o. 1.		
Todos son raptos, o. 1.		
La paga de Navidad, c. 1.		
Misterios de bastidores, (segunda parte), o. 1.		
La batelera, t. 1.		
Peró Grullo, o. 2.		
El ventorrillo de Alfarache, o. 1		
La venta del Puerto, ó Juanillo el contrabandista, zarz. 4		
El amor por los balcones, zarz. 1.		

En prensa están las siguientes:

El Judío de Venecia, drama en 5 actos.		
Luisa de Nanteuil, id. id.		
¡Satanás! id. id.		
La peste negra, id. id.		
La encrucijada del diablo, ó el puñal y el asesino, id. id.		
Dos madres, ó la huérfana de Flandes, id. id.		
María, ó la inundacion, id. id.		
La juventud de Luis XV. comedia en 5 actos de Alejandro Dumas.		
La Buena Aventura, drama en 5 actos de Federico Lemaitre.		
Margarita Cautier, ó la dama de las camelias, t. 5.		
Buenas intenciones, id. id.		
Entre uña y carne, id. id.		
Una vocacion, id. id.		
El telégrafo eléctrico, comedia de gracioso en 3 actos.		
Rómulo, comedia en 1 acto de Alejandro Dumas.		